

LIBERTAD
PARA TODOS

Héctor Ñaupari

**LIBERTAD
PARA TODOS**

– Prólogo de Carlos Alberto Montaner –

Buenos Aires, Argentina, 2008





LIBERTAD PARA TODOS

© 2008 Héctor Ñaupari

© 2008 by Grito Sagrado. Fundación de Diseño Estratégico

Grito Sagrado Editorial
Buenos Aires - Argentina
ventas@gritosagrado.com.ar
www.gritosagrado.com.ar

Reservados todos los derechos, incluso de reproducción en todo o en parte, en cualquier forma.

ISBN

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

HÉCTOR ÑAUPARI (Lima, 1972)

Héctor Ñaupari es un destacado promotor de las ideas de la libertad, tanto en el Perú como en el ámbito latinoamericano. Graduado por la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, es egresado de su Maestría en Derecho Civil y Comercial. Obtuvo el Diploma de Estudios Superiores del Doctorado en Derecho Privado de la prestigiosa Universidad de Salamanca, España, siendo en la actualidad candidato al citado Doctorado. Es Vicepresidente de la Red Liberal de América Latina, RELIAL (www.reliat.org), con sede en México, Presidente del Instituto de Estudios de la Acción Humana (www.ieah.org), de Lima, Perú, e integra el Consejo Consultivo de la Coordinadora por la Inversión y el Trabajo (www.citperu.org) con sedes en Lima y Ecuador, todas ellas importantes iniciativas a favor de la libertad en el continente. Asimismo, Héctor Ñaupari es un distinguido poeta, autor de *En los sótanos del crepúsculo* (Ediciones UNMSM, Lima, 1999) que presentase en las ciudades de Salamanca (España) y Lima (Perú), coautor de *Poemas sin límites de velocidad, antología poética 1990–2002* (Lord Byron Ediciones, Lima, 2002) y autor de *Rosa de los vientos* (Ediciones El Santo Oficio, Lima, Perú, 2006), libro presentado en Antigua Guatemala (Guatemala) y Lima (Perú). Obtuvo el tercer lugar en el Concurso de Poesía On–Line para Jóvenes Universitarios de la Universidad Castilla–La Mancha, España, en el año 2001. Poemas suyos han sido publicados en destacadas antologías poéticas, en Perú, México, Brasil y España. Finalmente, es un reconocido ensayista en su propio país e internacionalmente. Es autor del libro de ensayos *Páginas libertarias* (Ediciones Zignos–Altazor, Lima, 2004), que ha sido presentado con éxito en Brasil, Guatemala, Ecuador, Paraguay y Perú. En el 2001 resultó ganador del Premio Académico Internacional de Ensayo Charles S. Stillman, Guatemala, organizado por la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala. *Libertad para todos* es su quinto libro.

Para Ana Isabel, princesa

ÍNDICE

Prólogo: Ñaupari y la batalla por la libertad, de Carlos Alberto Montaner

Introducción

ARTÍCULOS

¿Quo vadis, libertas?	21
González Prada, el íntegro rebelde	23
Autopsia de la universidad pública	27
Banca libre, banca del futuro	31
Fiat lux – La privatización de las empresas de energía eléctrica	35
Liberalismo sin límites de velocidad	41
El liberalismo que América Latina necesita	51
Rito de paso	57
Nosotros, los poetas, que las queremos tanto	61
El escritor peruano está desnudo	65
Los anarquistas coronados	69
Si eres artista y los indios no te entienden	73
La izquierda intestinal	77
El regreso del idiota comentado	81
Sobre una iluminada tentación	85
Cuba en mi corazón	89
La libertad poética y sus enemigos	93

Conferencias

Presentación del libro Cuaderno de luciérnagas	101
Mecanismos de participación: balance y perspectivas.....	105
Procesos de participación de los diversos actores sociales. Una visión desde el Liberalismo	111
Presentación del libro <i>Cuerpo de pétalo</i>	117
Presentación del libro <i>Políticas liberales exitosas</i>	121
¿Cuáles son los principales problemas relacionados con la participación juvenil?	127
Notas	137

ÑAUPARI Y LA BATALLA POR LA LIBERTAD

Carlos Alberto Montaner¹

La vieja pregunta que nos mortifica desde hace más de un siglo, cuando Rodó escribía su *Ariel*, permanece dolorosamente inmutable: por qué el norte anglo sajón del Nuevo Continente ha logrado unos niveles de desarrollo, prosperidad y estabilidad infinitamente más notables que los que hemos alcanzado en el sur colonizado por españoles y portugueses.

Una vez formulada la cuestión, vienen las múltiples explicaciones, unas acertadas, otras disparatadas, o falsas o incompletas, pero casi siempre dotadas de argumentos apasionados o racionalmente persuasivos: la tradición cultural e histórica, el peso, en algunas zonas, de enormes poblaciones no asimiladas del todo, la mentalidad social, la falta de sensibilidad de la clase pudiente, la corrupción de los gobernantes, la explotación nacional y foránea, el fracaso de las élites, la violencia ciega de la izquierda, la debilidad de las instituciones y un largo etcétera más o menos coherente.

Hechos los diagnósticos, de acuerdo con la tendencia de quien lo establezca, vienen los recetarios: los comunistas aseguran que la dicta-

dura del proletariado, dirigida por un partido único, y el predominio absoluto del Estado, traerán la cura de nuestros males.

Muy cerca de ellos, en el vecindario del colectivismo, populistas y neopopulistas postulan otras variantes del intervencionismo y el clientelismo. No se proponen acabar para siempre con la pobreza, sino aliviarla artificialmente mediante una constante transferencia de riqueza que casi siempre acaba por paralizar el aparato productivo.

Por su parte, socialdemócratas, democristianos, conservadores y liberales colocan el acento de acuerdo con sus respectivas escalas de valores. Los socialdemócratas y los democristianos subrayan la importancia de la redistribución de la riqueza. Para los conservadores, el elemento primordial es la preservación del orden. Para los liberales, la clave del desarrollo, la armonía social y la felicidad individual –que es lo que más les preocupa– está en la libertad.

Y es aquí donde entra Héctor Ñaupari, uno de los más brillantes pensadores de la joven generación de latinoamericanos que está dando la batalla por la libertad. Ñaupari –además de excelente poeta–, tiene una magnífica cabeza liberal a fuer de tener una magnífica cabeza jurídica.

Cuando nos enfrascamos en arduas batallas sobre asuntos económicos nos olvidamos que el pensamiento liberal es, sobre todo, una visión jurídica de las personas, de los derechos que las asisten y de las relaciones que mantienen con el resto de los individuos en ese terreno común al que llamamos Estado.

Hoy asociamos el liberalismo a Hayek o Friedman –Premios Nobel de Economía–, pero solemos olvidarnos de los estoicos formuladores de la hipótesis de la existencia de irrenunciables derechos naturales, de Santo Tomás, Juan de Mariana, Hume, Locke o Montesquieu, verdaderos forjadores de una corriente del pensamiento occidental que tiene como objetivo principal la defensa de la libertad individual.

Es magnífico que Héctor Ñaupari sea capaz de aportar a Perú y a

la América Latina su excelente formación académica y su capacidad analítica. Estamos urgentemente necesitados de reflexiones como éstas que contribuyan a armar una línea de resistencia intelectual ante el espasmo conquistador del llamado “socialismo del siglo XXI” y sus peculiares teóricos.

Hugo Chávez siente que, además de Venezuela, ya conquistó a Bolivia y a Ecuador para su proyecto imperial. Los próximos objetivos en su mirilla son Colombia y Perú con lo que tendrá bajo su orientación un frente andino de más de cien millones de personas. Es bueno enfrentar ese reto peligroso con Ñaupari en nuestra trinchera. Aporta mucho a la batalla de ideas, como prueba la lectura de este libro, y lo vamos a necesitar en los años venideros.

Madrid, 17 de octubre de 2007

INTRODUCCIÓN

“[Los liberales son] los hombres prácticos que tienen la causa de la libertad genuinamente en el corazón.....”

Friedrich A. von Hayek²

Muchas son las razones que me animan a presentar este segundo libro recopilatorio de ensayos, artículos, notas, comentarios y conferencias que he venido publicando en *blogs*, páginas Web, y medios de diversa índole, especialización y nacionalidad, desde el 2004 hasta hoy, y que la editorial Grito Sagrado y su directora, la extraordinaria Rosa Pelz, llevan ahora al lector. La primera de ellas es que nunca está dicha la última palabra con relación a la libertad y a las filosofías que ésta inspira, sobre todo cuando abordamos a la principal de ellas: el liberalismo.

Por la diversidad de sus tesis y planteamientos, la enriquecedora solvencia de sus exponentes, de innumerables disciplinas todos ellos, y por ser un cuerpo de ideas que se cuestiona y recrea permanentemente, es el liberalismo un sistema ideológico en continua expansión y de notable capacidad argumentativa.

Ello no obstante, su trágico sino lo lleva a ser, al mismo tiempo, un pensamiento malentendido, poco conocido y condenado a ser la coar-

tada intelectual de los ricos y los explotadores, el pretexto inequívoco para denunciar la injusticia, la corrupción y la miseria que acosa sin cesar a miles de desfavorecidos, condenándolos irremediabilmente a una vida indigna de llamarse como tal.

¿Por qué es esto así? ¿Porqué la filosofía que inspira, con sus matices, a creadores geniales, de la talla de Mario Vargas Llosa, Václav Havel, Octavio Paz y Ayn Rand, a economistas mundialmente reconocidos como James Buchanan, Milton Friedman, Ronald Coase o Friedrich Hayek, todos ellos ganadores del Premio Nobel de Economía, y a periodistas del prestigio de Jean-François Revel, Guy Sorman y Carlos Alberto Montaner –cuyo magnífico y sentido prólogo a este libro jamás terminaré de agradecer– es tan poco conocida, tan injustamente incomprendida y, en particular, tan detestada en diferentes latitudes?

Varios de los artículos aquí presentados –sobre todo *Liberalismo sin límites de velocidad* y *El liberalismo que América Latina necesita*– ofrecen algunas explicaciones al respecto, y representan el segundo de mis motivos para llevar a cabo esta publicación.

Se pueden resumir en dos, indivisibles como los lados de una moneda: el éxito de nuestros adversarios en ofrecer una visión del mundo *emocionalmente* convincente, pero a todas luces falsa, a la opinión pública, y nuestro rotundo fracaso en hacer lo propio: es decir, en exponer la verdad de un modo que llegue al corazón vivo de las gentes.

Los artículos que siguen a continuación enfrentan, por consiguiente, muchos de los lados de este complicado problema, y que es el obstáculo principal para que la filosofía de la libertad cale hondo en los espíritus que, coincidentemente, más la necesitan: los pobres, los excluidos, los marginados.

Por otra parte, un territorio inexplorado –salvo escasísimas excepciones– para los defensores de las tesis liberales es el de la cultura. La literatura, la poesía y las posiciones de los creadores e intelectuales no forman parte del análisis ni de la crítica de quienes consideramos a la libertad de crear e

innovar como uno de los cimientos de la civilización y la modernidad.

Obsesionados con la racionalidad económica, hemos permitido que socialistas de toda laya se enseñoreen en estos predios. Si a principios del pasado siglo –con Gramsci– los propios socialistas se dieron cuenta que encerrarse en la economía los condenaba a la extinción, y se volcaron a la educación y la cultura, ¿cuándo lo haremos nosotros?

De allí que varios de estos artículos, notas y ensayos, tengan como protagonistas a los intelectuales y literatos, a comentarios de libros de poesía y a novelas, que hagan saber que los liberales tenemos que mucho que decir en cuanto a la estética, la creación literaria y la reflexión sobre la cultura.

Por último, he dedicado algunas reflexiones a la participación. Asumir una causa significa representarla. Ofrecer lo mejor de nosotros, al menos una parte, a favor de ella. Negarse a defenderla, usando sus propios postulados para justificar el inmovilismo o la inacción, o criticar a quienes, desde su propio quehacer, dan de sí con el propósito de extenderla entre más personas, es traicionarla. De esta manera, ser consecuente con el liberalismo, hasta el final, es seguir la admonición de Hayek que se cita y que inspira a este libro: tener genuinamente la causa de la libertad en el corazón. Que así sea.

Lima, Perú, 15 de octubre de 2007

ARTÍCULOS

¿QUO VADIS, LIBERTAS?

Cercanos a celebrar el bicentenario de la Independencia de muchos países latinoamericanos, nos preguntamos, ¿dónde está el liberalismo? ¿Qué es de la doctrina que promueve la libertad en su más prístino esplendor, que enfrenta más resueltamente al poder arbitrario y prepotente, y que hace aflorar, en suma, lo mejor de nosotros mismos?

Con vergüenza, debemos admitir que los auténticos liberales nunca estuvimos ni luchamos como nos exigía la historia y el momento, perdimos una y otra vez las oportunidades que nuestros compatriotas nos pusieron al frente, y dejamos que truhanes y oportunistas disfrazados de liberales usaran nuestras ideas como coartada para satisfacer sus ambiciones, enriquecer a sus amos y empobrecer a América Latina.

Sin embargo, porque creo que el destino de nuestro continente es el de prevalecer enfrentando insólitas dificultades, hoy se presenta una nueva oportunidad para alcanzar nuestra libertad, progreso y bienestar.

Hoy los liberales tenemos de nuestro lado la evidencia de los hechos, los cuales han demostrado las incomparables ventajas que una economía libre puede ofrecer a una nación al permitirle alcanzar la prosperidad y el bienestar a todos sus ciudadanos, especialmente a los más necesitados. Estos hechos han comprobado las tesis de los economistas, juristas

y estudiosos liberales, quienes, silenciados y humillados por sus contemporáneos socialistas, son ahora honrados por haber persistido en su inquebrantable defensa de la libertad cuando todo estaba en su contra.

Del mismo modo, tenemos de nuestra parte el incontrastable peso de la historia, en la que masas de todo el mundo han derribado los muros y las estatuas del socialismo opresor, y a tiranos de izquierda que se enriquecían a la misma velocidad con que sus pueblos se empobrecían. Esas mismas naciones han abrazado fervientemente la libertad, y hoy son, en mayor o menor grado, un ejemplo de progreso, de limpieza e idoneidad política, y en particular, de esperanza en un futuro mejor para ellos y sus hijos.

No obstante, esta inédita oportunidad, que no tuvieron en su tiempo los escasos liberales que vivieron en la mayor parte del siglo XX, hoy la estamos desaprovechando, sin considerar que puede ser la última que tengamos.

Los liberales de hoy estamos desunidos, confrontados, aislados haciendo nuestras propias cosas. En la mayor parte de los casos, permanecemos aletargados y hasta satisfechos porque creemos que los discretos avances de la libertad –la caída del muro del Berlín, el Internet, la globalización– son irreversibles e irresistibles. Peor aún: los hacemos pasar como victorias nuestras. Para evitar reincidir en el error de los liberales del pasado, debemos pasar de la inacción a una vigilancia vigorosa y permanente por la libertad. Es nuestro deber transitar del silencio a una iniciativa firme y constante a favor de la libertad en nuestros hogares, en las aulas en las que estudiamos o enseñamos, en las actividades que hayamos decidido hacer.

Y debemos enfrentar con resolución y sin temor a los enemigos de la libertad, desde la teología de la liberación hasta el radicalismo maoísta, que son en buena cuenta los enemigos de la libertad. De lo contrario, seguiremos siendo esa mediocre minoría que alguna vez soñó con una región libre, próspera y moderna. Por lo tanto, porque nos debemos a ellos, démosle a los principios en los que creemos la posición de primacía que merecen en la historia de nuestro continente.

Santiago de Surco, 27 de octubre de 2004

GONZÁLEZ PRADA, EL ÍNTEGRO REBELDE

Leyendo a Manuel González Prada (1844–1918) descubrimos, por desgracia, que nada ha cambiado en el Perú, excepto que, para tristeza nuestra, falta al día de hoy quien recoja su herencia de rebeldía genuina y frontal, su prosa ingeniosa y paradigmática, pero, sobre todo, su integridad insobornable y a toda prueba.

En la obra que prologamos, *Horas de Lucha*, leemos a González Prada esta frase que, venida casi 100 años atrás, es de una actualidad irrefutable: “El militar nos despachurra con su bota o nos atraviesa con su espada; mas da su vida por nosotros, cuando el país se ve amenazado por la invasión extranjera. El sacerdote nos adormece con sus monótonas canciones de otros días y nos explota con sus sacramentos, sus indulgencias y sus hermandades; pero asiste a los enfermos, consuela a los moribundos y expone su cuerpo a las flechas del salvaje.

El Magistrado lo gana todo sin arriesgar nada: reposa cuando todos se fatigan, duerme cuando todos velan, come cuando todos ayunan, ejerciendo una caballería andante en que Sancho hace las veces de don Quijote. ¿Qué le importan las guerras civiles? Vive seguro de que, triunfen revolucionarios o gobiernistas, él seguirá disfrutando de honores,

influencia, pingüe sueldo y veneración pública. En los naufragios nacionales, representa el leño que flota, la vejiga que sobrenada. Mejor aún, es el pájaro guarecido en su peñón: no se cuida de la tempestad que sumerge los buques ni piensa en el clamor de los infelices que naufragan”.

La influencia de González Prada, que en su tiempo fue un hombre de grandes rechazos, no ha dejado de sentirse en hasta hoy. Casi podemos decir que el desprecio a los políticos y ese *anarquismo pasivo y sin bombas* que nos atenaza en la hora actual, se debe a su exclusiva impronta.

Aún cuando, para muchos estudiosos de su obra, la influencia de Bakunin y otros anarquistas radicales es definitiva, así como su opción por la violencia, considero que es pertinente rescatar la prístina brizna liberal que González Prada imprimió tanto a sus escritos, como a su vida misma.

Nacido en la aristocracia limeña, se apartó de ella para acercarse al obrero, quien, a pesar de lo que sostengan socialistas de toda laya, guarda en su ser una profunda adhesión a la libertad y una desconfianza perpetua hacia el poder, sobre todo cuando los que toman su nombre lo ejercen: esto se lo debemos también a González Prada.

Cuando fundó con aliados suyos un partido radical, la Unión Nacional, y este partido lo nombró candidato presidencial, él negó su propio caudillaje, huyendo a Europa, convencido de que la corrupción que es consustancial al poder, y que alcanza hasta su sola pretensión, sería capaz de vencer a su propio espíritu.

Como el gran liberal americano –y genial poeta, como él, Henry David Thoreau– se alejó de su mundo asqueado de la guerra y sus iniquidades, así como debido a la pérdida irremediable de los derechos individuales. De este modo, González Prada se recluyó en su casa hasta el fin de la Guerra del Pacífico, convirtiéndose además, en un férreo defensor de todas las libertades, como la de culto, conciencia y pensamiento, manifestándose también en favor de una educación laica.

Su enérgico combate a todo lo conservador, al status quo imperante, le granjeó el odio permanente de políticos, dueños de periódicos y de la alta sociedad limeña. No obstante, en cada uno de sus ensayos, poemas y discursos –cabe recordar que él sólo los escribía, y diversos oradores limeños lo daban a conocer en los anfiteatros de entonces, como el Politeama, célebre por ser allí donde se escuchó, por vez primera, la frase, que hasta hoy perdura, “los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”– descansa un intenso amor por el Perú.

Quizás cabe decir de él que ese amor lo consumió, hasta colocarlo en posiciones tan extremas que era imposible conciliar con su pensamiento. Una histórica ironía nos permite señalarlo a él y al país que lo vio nacer como en sus propios versos, como en el poema “Amar sin ser querido”:

*Un dolor jamás dormido,
una gloria nunca cierta,
una llaga siempre abierta,
es amar sin ser querido.*

*Corazón que siempre fuiste
bendecido y adorado,
tú no sabes, ¡ay!, lo triste
de querer no siendo amado.*

*A la puerta del olvido
llama en vano el pecho herido:
Muda y sorda está la puerta;
que una llaga siempre abierta
es amar sin ser querido.*

Al final de una vida de luces y sombras, satisfacciones e ingratitudes varias, en las que nunca claudicaría de sus ideales, González Prada tomó por primera vez un trabajo en el gobierno. Como director de la Biblioteca Nacional del Perú, en la Avenida Abancay, reorganizó y elevó las materias. Murió de un infarto el 22 de julio de 1918.

Es seguro –me atreveré a decirlo– que estaría en profundo desacuerdo con ser él, ahora, un estudiado más en escuelas y colegios públicos, donde su verbo irradiado pierde fuerza y se difumina entre aquellos a los que él criticó con tanta certeza como pasión.

Esta nueva edición de una de sus más emblemáticas obras, *Horas de Lucha*, que prologamos, nos lo devuelve limpio, joven, señor e íntegro. Esperemos que su flama verbal, su amor por nuestra patria, y su denuncia permanente al status quo, se instalen definitivamente en nuestros corazones y se queden allí para siempre.

Santiago de Surco, 29 de noviembre de 2004

AUTOPSIA DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA

La negada razón de la crisis de la educación pública universitaria en el Perú tiene nombre y apellido: Karl Marx. Durante los últimos cuarenta años de nuestra historia reciente, el pensamiento socialista ha conducido a las universidades públicas peruanas desde sus más altos puestos de toma de decisión, ha inspirado las enseñanzas de los profesores de generaciones de estudiantes universitarios, y, como una pernicioso correa de transmisión, estos nefastos criterios se han diseminado en todos sus mandos medios, espacios sindicales, funcionarios y trabajadores.

Que el día de hoy ninguna universidad pública peruana figure siquiera en los listados de universidades medianamente importantes de América Latina no es responsabilidad del neoliberalismo, las transnacionales ú otros fantasmas, sino de quienes tuvieron bajo su dirección el manejo administrativo, económico y curricular de las universidades públicas peruanas desde los sesentas hasta el día de hoy: los marxistas. Pero no han actuado solos: los estudiantes de las pasadas décadas y de nuestros días son directos cómplices de este monumental desarreglo.

Como prueba, basta tan sólo un superficial análisis de las participaciones, votaciones y decisiones de los estudiantes universitarios que

han participado en la política universitaria seguida por los claustros desde los años sesenta, para que se nos revele cuán lejos estaban de siquiera desear una educación de calidad.

Por el contrario, el otorgamiento inescrupuloso de prebendas, el cabildeo descarado y una esterilidad absoluta en materia de investigación y riguroso análisis académico caracterizaba a estos aprendices de políticos –me resisto a llamarlos estudiantes– y continúa haciéndolo.

Por su parte, los actuales aprendices no buscan sino emularlos, usando las mismas coartadas que aquéllos, aunque sin el vuelo de los otrora grandes líderes de la izquierda peruana que allí se formaron, como Alfonso Barrantes Lingán o Rolando Breña Pantoja. Con todo, formar políticos y no librepensadores, revolucionarios y no científicos, fue y es el objetivo de la educación pública universitaria en el Perú. Ésa es la única razón de su crisis.

Empero, las continuas derrotas políticas de los distintos procesos revolucionarios en el Perú, –originados en sus universidades públicas, no lo olvidemos nunca– desde los sanguinarios guerrilleros de los años sesenta hasta los vesánicos maoístas y tupacamaristas de los noventa, han conducido a una condición *sui géneris* de la política que se expresa en los claustros.

Entre los estudiantes, se siguen promoviendo las banderas del socialismo, pero ninguna de sus prácticas. A lo más, llegar al socialismo por la vía democrática. De hecho, incluso los rezagos del maoísmo totalitario están haciendo oportunos deslindes, siempre dentro de la ortodoxia, por cierto, y esperando el momento de regresar a la situación de fines de los ochenta, cuando dominaban por completo las principales universidades públicas del Perú. Las demás capillas del socialismo universitario estudiantil los enfrentan, pero con los mismos principios e íconos: Marx y Mariátegui. Su diferencia es de grado, no de especie.

Entre los profesores, decanos y altas autoridades de las universidades públicas, la resaca de estas derrotas los ha sumergido en un quietismo conservador, donde es mejor aparentar que se cambia todo con

cierta regularidad, para que en realidad nada cambie, y en conducir la universidad satisfaciendo los apetitos de los distintos grupos políticos de izquierda establecidos en los claustros.

Así, el saldo de cuatro décadas de izquierdismo universitario en el Perú salta a la vista: universidades en decadencia, sin rumbo y sin programa, que tratan simplemente de seguir viviendo del presupuesto público, y esperando que sus problemas se resuelvan solos o no se resuelvan nunca.

Si queremos acabar en serio con este perpetuo ciclo de crisis de la universidad pública peruana, es preciso hacer el cambio desde fuera de la universidad pública. Se ha esperado durante cuarenta años, sin éxito, que la solución provenga de la propia universidad, de sus autoridades, sus profesores y sus estudiantes, y las evidencias apuntan en demasía a considerarlos como los primeros opositores al cambio antes que en sus principales agentes.

Hay que hacerlo por una razón moral, y ésta es la razón que ampara a los únicos que no tendrían vela en este entierro: los ciudadanos. Pero, en verdad, sí que la tienen. Durante cuarenta años, los ciudadanos peruanos han invertido en las universidades públicas, y sus autoridades y sus estudiantes les han devuelto los resultados por todos conocidos.

Esta situación debe terminar. La universidad pública peruana, en su totalidad, se debe a los ciudadanos peruanos, esto es, a quienes les pagan los sueldos a sus autoridades, profesores y trabajadores, y permiten que en ella estudien los universitarios.

El pueblo debe ser consultado exclusivamente acerca de si se debe permitir que las universidades públicas –que se deben al pueblo y no al socialismo– formen a los radicales e incendiarios del siglo XXI, o si es mejor que las universidades públicas busquen sus recursos en el mercado, como hacen el pequeño empresario, lo mismo que la humilde vendedora de frutas, y que seguramente no tienen formación universitaria. En otras palabras, si quieren seguir en ese sendero, háganlo con sus propios recursos. No con los dineros del pueblo.

Una consulta de esta naturaleza abriría por fin el debate acerca de un cambio real en la educación universitaria; esto es, si se debe seguir financiando una educación universitaria de orientación socialista con los recursos del pueblo, más aún cuando ese mismo pueblo no sólo se ha opuesto, sino que ha derrotado sucesivamente, en las urnas y las calles, a ese pensamiento que hasta hoy tiene capturadas a las universidades públicas.

Sin embargo, una consulta como la propuesta es muy difícil de implementar en los tiempos actuales. Seguiremos, pues, con esta educación pública universitaria que no es ni problema, ni posibilidad, parafraseando el luminoso ensayo de Jorge Basadre.

Otros vendrán y continuarán esta larga autopsia por otros cuarenta años. Por lo menos, en lo que a este escribiente concierne, queda patente mi propuesta para alguien con el valor y la dignidad suficientes para enarbolarla.

Santiago de Surco, 14 de marzo de 2005

BANCA LIBRE, BANCA DEL FUTURO

Es una convención ampliamente aceptada que la imaginación es una característica más propia de los poetas que de los banqueros. Por eso la pregunta que nos formularemos a continuación no deja de estar desprovista de la ironía que aduce que a toda regla sigue una excepción.

¿Podemos imaginar cómo sería un sistema bancario que opere en total libertad? ¿Es posible que podamos alcanzar en un futuro no muy lejano una banca libre? ¿Cuáles serían sus características? Este artículo intenta resumir algunas de las propuestas hechas al respecto.

Una banca libre sería aquella donde, en primer término, existiese una completa libertad de elección de monedas, las cuales serían emitidas por los bancos privados. En segundo lugar, la banca libre tendería a abolir los Bancos Centrales y la copiosa legislación bancaria, a fin de que el sistema bancario libre cumpla las normas y principios tradicionales del derecho. Finalmente, la banca libre se caracterizaría por ser un sistema bancario con un coeficiente del 100 por ciento de reservas.

Estas características, hay que decirlo con honestidad intelectual, no son originales de este escriba: las desconfianzas y críticas al sistema ban-

cario con reserva fraccionaria se remontan a, por lo menos, los teólogos y economistas de la Escuela de Salamanca de los siglos XVI y XVII, y recorren, desde ese tiempo hasta la actualidad, a prestigiosos pensadores y estudiosos de la economía como David Hume, Eugen von Böhm Bawerk, y a partir del siglo XX, economistas como Ludwig von Mises y al menos cuatro Premios Nóbel de Economía, entre ellos F. A. Hayek, Milton Friedman, James Tobin y Maurice Allais. En España esta posición es defendida por el distinguido economista Jesús Huerta de Soto.

Cada uno de ellos, en su tiempo, ha expresado y precisado las razones por las cuales un sistema bancario con monedas desnacionalizadas, libremente convertibles, sostenidas por un patrón oro-puro, es la ruta segura y sin escalas hacia la prosperidad y el progreso, señalando entre sus principales beneficios el de evitar las crisis bancarias, así como las crisis económicas de carácter cíclico: es decir, confiriendo al sistema una extraordinaria estabilidad.

Asimismo, un sistema bancario libre, que establezca un coeficiente de reserva del 100 por ciento en los contratos de depósitos a la vista es el más conforme con el derecho de propiedad, libraría a la banca de la intervención política de los gobiernos y eliminaría la posibilidad de expansiones crediticias artificiales, lo que se ha convertido en los últimos tiempos en el talón de Aquiles del sistema bancario. Esto supondría, del mismo modo, el fin de los comportamientos fraudulentos e irresponsables en la banca.

En su libro *La desnacionalización del dinero*, Friedrich von Hayek señaló que es posible imaginar que el sistema bancario libre estaría caracterizado por el desarrollo espontáneo de un conglomerado de sociedades y fondos de inversión, en los cuales se invertirían una parte de los actuales depósitos.

Estos fondos serían de gran liquidez, y los plazos en que sus propietarios reciban el valor nominal de los mismos llegarían a ser bastante inferiores a los que actualmente existen, con la ventaja adicional que, en caso de producirse alguna variación en el valor de los fondos –situación

poco probable— ésta sólo afectaría a los tenedores de las participaciones en juego y no, como sucede ahora, a toda la ciudadanía.

Junto al conglomerado de fondos de inversión, se produciría un libre mercado de servicios de pago, transferencias, contabilidad y servicios de caja a los clientes del sistema bancario, los cuales operarían en libre competencia y cobrando según los precios del mercado.

Finalmente, cabe concebir el desarrollo de una serie de entidades privadas dedicadas a la captación, diseño y oferta de los diferentes dineros privados, cuyos márgenes de utilidad serían establecidos libremente por el mercado.

No cabe duda que tenemos que repensar esa idea de que los banqueros no tienen la imaginación de los poetas. Lo debemos hacer porque es más que evidente la belleza y la justicia de un sistema que cuente con instituciones bancarias verdaderamente acordes con la economía de mercado, liberadas de las trabas que hoy la perturban, que facilitarían la acumulación de capital bien invertido y el desarrollo económico, evitando los desajustes y crisis que el sistema actual, enrarecido por el intervencionismo, hace padecer a empresarios, banqueros y clientes en forma continua. Esa es la banca del futuro, la del siglo XXI, hacia la que debemos propender.

Santiago de Surco, 17 de abril de 2005

FIAT LUX

La privatización de las empresas de energía eléctrica en el Perú

La privatización hizo la luz en el Perú, en muchos sentidos. En efecto, la privatización de la industria de la electricidad peruana durante los años noventa fue una de las muy pocas privatizaciones llevadas a cabo de manera limpia, transparente y eficiente, y por tal motivo tiene hasta el día de hoy un considerable y positivo impacto en el mejoramiento de la calidad de vida y el bienestar de la población peruana, en particular de sus sectores más pobres.

Por su parte, los diversos intentos de los opositores a las reformas privatizadoras por desacreditar la privatización de la electricidad en el Perú no han tenido eco en la ciudadanía ni un respaldo político significativo. El ensayo presentado a continuación intenta dar una explicación a este exitoso fenómeno.

En el tránsito hacia la última década del siglo XX, la mayoría de los peruanos no tenían luz eléctrica. En ese sentido, se vivía con un siglo –y en algunos departamentos, hasta con un siglo y medio– de atraso con relación a todos los estándares internacionales en materia de acceso y consumo de este importante servicio.

Como señaló en su oportunidad la Comisión de Promoción de la Inversión, PROINVERSIÓN, agencia estatal encargada de realizar las con-

cesiones y privatizaciones en el Perú, la cobertura de este servicio público en algunas regiones del país no llegaba ni siquiera al 5%³. Por su parte, la Oficina Técnica de Energía del Ministerio de Energía y Minas peruano indicaba que el coeficiente de electrificación nacional no superaba el 52.9%.

La grave consecuencia de tener a más de la mitad del Perú sin electricidad era que el déficit de oferta eléctrica bordeaba apenas el 26% de la demanda⁴. Tal situación iba aparejada con un pobrísimo consumo per cápita anual de tan sólo 350 Kwh. por habitante.

Los políticos populistas y socialistas de entonces, así como los terroristas del PCP–Sendero Luminoso también tuvieron una relevante cuota de responsabilidad en el hecho que los peruanos más pobres se iluminaran con velas o vivieran en la oscuridad durante décadas.

Así, en primer lugar, mientras las empresas eléctricas estuvieron en manos del Estado, éstas se caracterizaron por un mantenimiento deficiente que deterioró su ya atrasada infraestructura, así como empeoraron el servicio que se brindaba. Además, las tarifas de energía eléctrica eran decididas por criterios políticos y no de mercado, y las empresas de este sector, como las de toda la administración pública, se convirtieron en “colmenas burocráticas”, al inflarse exponencialmente sus planillas.

Todo esto dio lugar a que el pago del servicio de luz eléctrica por los usuarios no alcanzara a cubrir ni siquiera los costos de operación del sistema: a julio de 1990, las tarifas por la energía eléctrica sólo cubrían, en promedio total, únicamente el 23% de los costos económicos del servicio⁵.

Esto último ocasionaba que los peruanos que sí podían pagar el servicio de luz eléctrica no la recibían o la recibían de manera muy deficiente –aún si no se hubiera realizado ningún acto terrorista contra esta industria, como en efecto ocurrió– teniendo que invertir en alternativas privadas, como pasó con la compra sostenida de los llamados “grupos electrógenos” que funcionaban con gasolina, durante la década de ochenta.

Es decir que, debido a la estatización de las empresas eléctricas, realizada por la dictadura socialista del General Juan Velasco Alvarado (1968–1975) quien quebró el orden constitucional para supuestamente beneficiar a los más desposeídos, los peruanos más pobres no tenían luz, ni esperanza alguna de tenerla en el futuro, debiendo hurtar el servicio directamente del cableado eléctrico. Por su parte los más pudientes debían pagar dos veces por el mismo servicio, transcurridos apenas diez años del golpe de Estado velasquista.

Este deterioro y empobrecimiento progresivos, causado por los militares y sus aliados políticos de la izquierda peruana hasta fines de la década del setenta, y proseguido a extremos de delirio por el gobierno populista de Fernando Belaúnde Terry (1980–1985) y sobre todo por el régimen socialista de Alan García Pérez (1985–1990), recién empezaría a revertirse a partir de la privatización de esta industria, entre 1992 y 1994.

En segundo lugar, las acciones terroristas del PCP–Sendero Luminoso tuvieron en la infraestructura eléctrica uno de sus principales blancos. Durante los doce años de la llamada “Guerra Popular” se realizaron voladuras de las torres de alta tensión prácticamente cada semana e, incluso, cada dos o tres días. Una de las manifestaciones más dramáticas de la crisis peruana en ese tiempo consistía en los denominados apagones, que dejaban ciudades enteras sin fluido eléctrico durante días y semanas, en particular la ciudad capital, Lima.

No era extraño por tanto el uso de velas, lanternas o los ya citados grupos electrógenos por parte de los ciudadanos, a fin de procurarse alguna luz durante las aciagas noches peruanas de la década de los ochenta. En suma, como ha señalado el Instituto Peruano de Economía, IPE, “a inicios de la década de los noventa, el sector eléctrico atravesaba una situación crítica reflejada, principalmente, en la incapacidad de la industria de satisfacer adecuadamente la demanda”⁶.

Este malhadado escenario cambió radicalmente luego de la captura del principal cabecilla del PCP-Sendero Luminoso, en 1992, y que dio inicio a la reforma del sector eléctrico, como parte fundamental de ñas llamadas re-

formas estructurales. En el esquema de privatización de la industria eléctrica peruana se incorporaron las expectativas chilena e inglesa, las que, a la luz de todos los indicadores, era la más adelantada del momento.

De esta manera, acorde con las tendencias mundiales, la industria de la electricidad observó un desarrollo sin precedentes en el país a partir de mediados de la última década del siglo XX e inicio del nuevo milenio. La tecnología en este sector sentó las bases para un crecimiento importante, mientras que la combinación de entre una fracción importante de la demanda insatisfecha y el ingreso de la inversión y gestión privada sirvió de combustible para el motor de crecimiento de esta industria, como veremos.

La reforma del sector eléctrico peruano tuvo como marco principal la Ley 25844, Ley de Concesiones Eléctricas (LCE) del 6 de diciembre de 1992, y su Reglamento, el Decreto Supremo 009-93-EM, de 25 de marzo de 1993 y sus sucesivas modificatorias; así como, la Ley 26734, Ley de Creación del Organismo Supervisor de Inversión en Energía, OSINERG, del 31 de diciembre de 1996, la Ley 26876, Ley Antimonopolio y Antioligopolio del Sector Eléctrico, del 19 de noviembre de 1997, y la Ley 27435, Ley de Promoción de Concesiones de Centrales Hidroeléctricas, del 16 de marzo de 2001.

En su conjunto, las normas mencionadas facultaron a que personas jurídicas nacionales o extranjeras puedan desarrollar las actividades de generación, transmisión y distribución de electricidad. Por su parte, dichas normas establecieron un régimen de libertad de precios para el sector, y regularon el régimen de concesiones y autorizaciones con que la industria eléctrica viene funcionando desde entonces, entre otras medidas.

Bajo este marco jurídico, entre 1994 y 2002 se llevaron a cabo catorce procesos de privatización del sector eléctrico en el ámbito nacional, las cuales dieron inicio en 1994 con la subasta del 60% de las acciones de las empresas de distribución que abastecían a Lima Metropolitana, EDELNOR y EDELSUR, las mismas que surgieron de la empresa estatal ELECTROLIMA.

El más reciente de estos procesos ocurrió en mayo de 2002, cuando se transfirieron al sector privado los activos estatales de las redes de transmisión principal de energía eléctrica, ETECEN y ETESUR⁷. Durante ese tiempo, la participación del Estado en el sector eléctrico ha disminuido sustantivamente, siendo de 0% en cinco de los procesos de privatización finalizados, mediando en el resto entre un 30% a 45%. Asimismo, en ocho de estos procesos se pactó un compromiso de inversión, el que se ha cumplido exitosamente en seis de los casos reseñados y está en curso en los dos restantes⁸.

Del mismo modo, a la fecha se encuentran en proceso de construcción once centrales hidroeléctricas, que modernizarán la infraestructura de la industria en el ámbito nacional. Finalmente, cabe resaltar que, en la totalidad de los casos, el proceso de privatización incluyó la venta de acciones a los trabajadores del sector, lo que los convirtió en propietarios de las propias empresas en las que trabajaban.

Una primera muestra del positivo impacto de la privatización del sector eléctrico en el Perú reside en que esta industria, de acuerdo a información del Balance Energético Nacional 1999-2004, cubre cerca del 14% de las necesidades energéticas del país, constituyéndose por ello en el primer dinamizador de la competitividad de la industria local, cuya maquinaria funciona gracias a la energía eléctrica. En otras palabras, la industria de energía eléctrica está haciendo crecer al mercado peruano en su conjunto.

En segundo término, al 2004, la producción nacional de energía eléctrica total bruta generada se dirigió en un 87,4% al consumo final, 1,5% al consumo propio y un 11,1% en pérdidas.

En cuanto al porcentaje perteneciente al consumo final (87,4%), se ha distribuido en seis actividades económicas, a saber: manufactura, 35%; minería, 24%; residencial, 24%; comercio, 5%; alumbrado público, 3%. De la misma manera, en Lima, donde el servicio es brindado por empresas privadas, la cobertura es del 99%, alcanzando así al 31.9% de la población del Perú.

Entre otros resultados importantes, la potencia instalada a diciembre del año 2004 alcanzó los 6016 MW, habiéndose incrementado en 0.8% respecto a la del año 2003, y creciendo en ese ritmo desde la privatización. De otro lado, en el Sistema Eléctrico Interconectado Nacional–SEIN, la producción de energía eléctrica durante el año 2004 fue de 22.288 GW. H, creciendo en 6% más que el año 2003.

Cabe resaltar que ninguna de estas cifras se hubiera podido obtener de seguir la industria eléctrica en manos del Estado; más aún, considerando únicamente la progresividad del déficit, y dejando de lado hechos como el deterioro de la infraestructura y los atentados terroristas, el Perú entero habría estado sin energía eléctrica antes de finalizar el siglo XX, por efecto exclusivo de la estatización de la industria.

Incluso los más tenaces opositores a las privatizaciones en general, y a la del sector eléctrico en particular, que merced a su propia ceguera ideológica no reconocen el empobrecimiento que la estatización de la economía causó al Perú a partir de la década del setenta –y que hemos descrito para el caso del sector eléctrico como un botón de muestra– se ven obligados a reconocer el sustantivo bienestar de la privatización.

Tal como señala el libro Balance de la Inversión Privada y Privatización 1990–2001, cuyo compilador fue el diputado socialista Javier Diez Canseco –el mismo que se opuso a la concreción del proyecto empresarial gasífero de Camisea en 1988, logrando que se retrasara por quince años, y apoyó la expropiación de los ahorros del sistema bancario en 1987– “en el caso de ELECTROLIMA los resultados de la privatización en el bienestar de la población son mixtos, se ha producido una ampliación de la frontera eléctrica, el número de clientes y la mejora en la calidad de los servicios”.

Ello no obstante, a pesar de todo el esfuerzo desplegado, los retos del sector eléctrico son todavía importantes. Del 68.1% de la población del Perú que vive en provincias, sólo el 64.3% goza de electricidad. Esto hace ver que si se desea alcanzar el 100% de la cobertura en el ámbito nacional, necesariamente se deberá llevar a cabo a través de la electrificación de las zonas provinciales del Perú, también denominadas rurales.

Santiago de Surco, 2 de noviembre de 2005

LIBERALISMO SIN LÍMITES DE VELOCIDAD

Propuestas para una ofensiva radical del liberalismo en América Latina

A Mario Vargas Llosa, por su inspiración

¿Porqué el liberalismo se bate en retirada en América Latina?

Ésa es la pregunta que todos los liberales de esta parte del mundo nos hacemos, con una mezcla de confusión, culpa y envidia, que no está exenta de cierta dosis de rabia. En efecto: el beatífico rostro de mártir, de santo laico, del *Che* Guevara, protagoniza filmes, calcomanías, camisetas e íconos diversos en todas las culturas populares de nuestros países.

Por otra parte, el espectro político latinoamericano se divide entre una izquierda responsable y otra revolucionaria, en toda la región, sin que medie espacio posible para los defensores políticos de la libertad en nuestro continente.

Finalmente, la *intelectualidad barata*⁹ latinoamericana continúa vi-

viendo de las becas norteamericanas de las Fundaciones Kellog y Ford, entre muchas otras, mientras hace gala de un antiamericanismo y una globalofobia nada desdeñables en aulas, publicaciones, convenciones y asesorías, en un acrobático esfuerzo por posar de antiimperialistas renatados por las multinacionales, y que muestra sin pudor esa “hemiplejía moral” que denunció con valentía Jean-Francois Revel.

Las excepciones a esta regla latinoamericana son sólo eso, excepciones, que parecen confirmar una sola cosa: que los liberales latinoamericanos estamos peleando una batalla perdida.

La circunstancia más dramática de esta difícil situación es que recalca, para decirlo sin ambages, en nuestra exclusiva responsabilidad. Lo es, en primer término, porque, salvo en algunos cuantos, el liberalismo no inspira a nadie en América Latina.

Por regla general, las gentes siguen ideas y ejemplos que les susciten valor, integridad, sacrificio y esperanza. La utopía de un mejor mañana tiene una vigencia esencial, casi inaudita diríamos, en toda América Latina, y por esa idea, como bien sabemos, las personas son capaces de mover montañas.

Preguntémonos, entonces, ¿dónde está esa utopía liberal por la cual una persona sería capaz de hacer ese supremo esfuerzo? ¿cuál es el ejemplo liberal, inspirador y pleno de valores, que permite que esa persona lo siga con convicción y genere esa transformación social de la que los liberales siempre hemos hablado?

El hecho cierto que no hayamos podido articular sabia e inspiradamente esa utopía ni que nos esforcemos por presentar y promover esos ejemplos de valentía, sacrificio e integridad en la defensa de las ideas liberales –pese a que en el primer caso lo podemos hacer, y, en el otro, existen en gran número tales ejemplos– es la muestra más patente de nuestro fracaso.

También nos señala con meridiana claridad cuál es la tarea primera y urgente, que debemos acometer con denuedo y resolución, para dejar

de batirnos en retirada y pasar a la ofensiva en nuestros países.

Así, a mi juicio, no nos hemos dedicado a reflexionar y escribir sobre esa utopía liberal, esa visión de cómo serían nuestros países con una libertad plena y poderosa, por habernos concentrado en los temas económicos en forma exclusiva y excluyente.

Esto ocurre por lo regular con muchas ideas o ciencias nuevas, donde las primeras fases del descubrimiento generan tal entusiasmo que todo otro elemento de juicio pasa a un segundo plano, si no es dejado de lado por completo.

Al respecto, el Premio Nóbel de Economía James Buchanan escribió: “los economistas clásicos no lograron desarrollar su idea central con suficiente rigor y precisión como para garantizar su invulnerabilidad frente a argumentos que respaldaban ideas completamente opuestas. *En cierta medida, este fracaso era fruto de la ausencia de una comprensión y énfasis suficientes de la dependencia crítica de un orden de mercado efectivo respecto de la existencia de una estructura o marco legal-institucional fundamental, que debe ser, básicamente, de naturaleza y origen políticos.* Desde un punto de vista inmaduro e ingenuo, algunos de los defensores clásicos del *laissez-faire*, entre los que se encuentran algunos de sus homólogos modernos, parecen argüir que los mercados surgen y funcionan con total independencia de las características del orden legal¹⁰.”

En ese sentido, sin dejar de dar reconocido valor a lo hecho, y ponderando en la excelencia los brillantes análisis logrados, debemos señalar que los liberales en América Latina se han dedicado en su mayor parte, si no en su totalidad, a exponer sus visiones y reflexiones únicamente desde la perspectiva de la ciencia económica. Los temas políticos –y sobre todo las visiones que se enmarcan en la política– han sido totalmente dejados de lado, o considerados como temas secundarios.

Siguiendo la idea planteada por Buchanan, no se ha pensado ni se ha escrito un ideario de principios, un tratado o estudio como sí lo

hicieron los liberales del XVIII. Entonces, estamos viviendo de nuestro capital espiritual en cuanto a los temas políticos concierne. Esta situación debe cambiar.

Nadie sigue una idea o inspira sus acciones en ella, si ésta se encuentra basada exclusivamente en porcentajes de crecimiento. Por lo tanto, mientras el liberalismo siga pensando únicamente en términos de proyecciones y tendencias económicas, mientras los liberales sigan viéndose a sí mismos como logaritmos vivientes, para quienes el desarrollo es una fórmula algebraica sin vida, el liberalismo seguirá siendo ese pensamiento minoritario, rechazado y malentendido que es hasta ahora.

De esta manera, tenemos que crear nuestra utopía liberal, si queremos terminar de una vez y para siempre con ese rechazo que nos acompaña y nos pesa como un fardo de malas acciones en las buenas conciencias. Llamémosla Liberalia, Oceanía¹¹, el reino soñado por todos los liberales, nuestra patria libre.

En esa urbe que soñamos los liberales todas las libertades serán plenas, todos los derechos serán respetados, habrá verdadera justicia y paz. La prosperidad se extenderá como un manto bienhechor entre todos sus integrantes, y todos tendrán su parte de bienestar, en la medida de sus talentos, su creatividad y sus esfuerzos.

Para terminar de articular esa idea, los liberales tenemos el imperativo de crear en el vacío, como el escritor frente a la página en blanco. Ésa es nuestra obligación exclusiva. Y debemos hacerlo no con términos complejos e ininteligibles, pues no se puede seguir una idea si ésta no se expresa en frases sencillas y al mismo tiempo, profundas.

Los liberales no debemos pasar por alto la enseñanza básica de Sir Karl Popper, cuando escribió: “los mejores filósofos son aquéllos que escriben ideas complejas en términos simples¹²”.

Por otra parte, las gentes siguen con fervor una idea cuando quienes la enarbolan son personas creíbles, audaces, íntegras. Eso dota a esa

idea justamente de credibilidad, audacia e integridad. Como en el poema de Horacio, la fortuna favorece al osado. En esto no caben agua tibia o medias tintas.

Constituye nuestra indispensable obligación apartar del liberalismo a todo aquél que se llame tal, y que haya defendido dictaduras, o esté comprometido con corruptelas y mercantilismos de toda laya, y no demuestre su total adhesión a las ideas de la libertad. Hay que advertir que esos pseudos liberales, traficantes de nuestras ideas, han cerrado los ojos a su propio desprestigio.

De ellos debemos decir rotundamente que se ofrecieron sin rubores al pragmatismo, el que, como ha señalado con acierto Jesús Huerta De Soto: “es el vicio más peligroso en el que puede caer un liberal (...) motivando sistemáticamente que por conseguir o mantener el poder se hayan consensuado decisiones políticas que en muchos casos eran esencialmente incoherentes con los que deberían haber sido los objetivos últimos a perseguir desde el punto de vista liberal¹³”.

No podemos salvar a esos liberales que sucumbieron al pragmatismo sin caer nosotros mismos en el descrédito. Así nos quedemos con muy pocos, éstos pocos serán justamente quienes doten al liberalismo de la necesaria dosis de credibilidad que es indispensable para ganar en todo terreno, sea intelectual o político.

Por su parte, de los auténticos liberales se debe decir, “nunca se rindieron, nunca se vendieron, nunca retrocedieron”. Ése tipo de comportamiento convoca, seduce, inspira. Ése fue el comportamiento de Mises y de Alberdi, así como tantos otros, no lo olvidemos¹⁴.

Ellos defendieron el liberalismo contra todos y con todo en contra. Promover en forma denodada su imagen, –mitificarla, diríamos– debe ser nuestra respuesta contra los mitos creados desde la izquierda, y que motivan a tantos en la dirección equivocada.

Sobre esto último, hay que puntualizar lo siguiente: también se

rechaza al liberalismo porque supone el abandono de las mitologías y héroes más esenciales de los socialistas, siendo *Che* Guevara el máximo representante de ese heroísmo en nuestro continente.

Al respecto, no basta únicamente con criticar la mitología alrededor del *Che* y el maquillaje que así como a él se emplea con tantos otros socialistas¹⁵. Ésa no es la solución. No se puede reemplazar un mito por el vacío. Se debe reemplazar por otro mito.

Los socialistas siguen creyendo en el *Che* no porque sea heroico e íntegro –pues se han escrito docenas de libros y artículos dando cuenta de sus asesinatos, corrupciones y desmanes– sino porque, frente al temor del vacío, es actitud natural entre los seres humanos aferrarse al mito y negarse a la verdad. Por lo tanto, nuestro deber con el liberalismo supone buscar los mitos del liberalismo, hacer destacar a sus héroes, y oponerlos a los mitos de los socialistas.

Esto que acabamos de señalar nos puede dar luces respecto a porqué el ataque de los socialistas al liberalismo y a los liberales es tan constante, irracional e implacable. En el fondo de sus mentes y corazones, los socialistas saben que el liberalismo se convertiría en una idea invencible si se vuelve un pensamiento inspirador, motivador, sin fisuras, sin concesiones, generador de mitos, cautivador. Por eso tienen que atacarlo permanentemente.

Para combatirlos con esa misma voluntad, debemos recurrir al concepto esencial, aquél que escribiera Schopenhauer al decir que “la libertad para ser tal debe estar ausente de obstáculos¹⁶.” El socialismo es el principal obstáculo a la libertad. Debemos removerlo si queremos que la libertad exista. De manera que sólo podemos hacer con el socialismo lo que nuestro ya citado Schopenhauer reclamaba sobre el pensamiento de Fichte: “combatirlo en toda ocasión de la manera más enérgica¹⁷”.

Para vencerlos, hay que ir al origen mismo del mal, al corazón de las tinieblas marxistas. Debemos defender y promover nuestras ideas no sólo en las universidades, sino también en los colegios.

Más todavía, en las escuelas de pedagogía y educación, donde se forman los actuales maestros que enseñan a nuestros hijos, los mismos que se han convertido, gracias a esas enseñanzas, en “esos socialistas”, a decir de Carlos Rodríguez Braun¹⁸.

En efecto, cuando nos preguntamos ¿porqué tanta gente en América Latina rechaza con violencia al liberalismo? Es porque no lo conocen. No se puede defender lo que no se conoce. Los latinoamericanos beben el socialismo desde el regazo de sus madres. Es lo único que conocen. Es lo único que les han enseñado desde el jardín de infancia hasta el doctorado universitario. Es lo único que, con matices, se escribe en ensayos, tesis, estudios y revistas. Es lo único que proponen los políticos latinoamericanos. ¿Porqué deberían respaldar al liberalismo?

Del mismo modo que, en los pueblos muy civilizados, la carencia de una multitud de cosas causa la miseria, mientras que en el estado salvaje la pobreza consiste solamente en no encontrar de qué comer, la orfandad de ideas hace que los pobres y miserables no extrañen la libertad, pues nunca la han tenido ni sabrían qué hacer con ella. Lo mismo los pudientes, pues sólo se les ha mostrado un lado de la moneda, y es justamente el lado incorrecto.

En ese sentido, ha sido Alexis de Tocqueville quien mejor ha definido la actual situación de nuestros pueblos latinoamericanos, cuando señala que “situados entre la independencia salvaje que ya no pueden apreciar y la libertad civil y política que todavía no comprenden, se abandonan sin remedio a la violencia y a la astucia, y se muestran dispuestos a sufrir toda clase de tiranías con tal de que se les deje vivir o más bien vegetar junto a sus surcos¹⁹.”

Esas mismas gentes pueden seguir un sueño, si éste se les presenta como articulado y realizable. Ese sueño, ese ejemplo valeroso, ese mito inspirador, les dará la energía que necesitan y les conferirá un curso de acción hacia el porvenir. Una visión de esa naturaleza brindará esperanza e inspiración a los corazones desgarrados y a las mentes desconcertadas.

Esa esperanza e inspiración también se encuentra, por su parte, en poemas y canciones. Hasta hoy, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y León Gieco inspiran a generaciones de estudiantes latinoamericanos a seguir la senda del socialismo, desde la Universidad Nacional Autónoma de México hasta la Universidad de San Marcos del Perú. ¿Existe acaso un trovador liberal? La verdad es que no. Desde siempre, los liberales creímos que no eran necesarios los Silvios y Pablos liberales, que cantaran a la libertad. Qué equivocados estábamos.

En realidad, son absolutamente indispensables si queremos dotar al liberalismo de mayoría de edad, de integridad, contenido y hondura, si queremos de verdad que salga de los cenáculos y pequeños círculos donde se encuentra.

Lo tenemos que hacer porque llevamos demasiado tiempo encerrados en esa *torre de palabras*²⁰, donde seguimos comentando lo mal que nos va, lo poco que hemos avanzado, lo mucho que falta por hacer; donde, absolutamente inermes y sin capacidad de reacción, vemos cómo el socialismo se recompone en nuestros países, y vuelve, como la Hidra de Lerna, a asomar sus cabezas para seguir convenciendo incautos y ganar elecciones, como ahora último en Bolivia.

Por tanto, nuestra fundamental y única prioridad debe ser incorporar al liberalismo un pensamiento inspirador. Todo lo demás es vano e inútil. Sólo de este modo el liberalismo será un pensamiento en el que la gente crea, y se aferre tercamente a creer en él. Le tendrán fe. Lo defenderán como se protege a un hijo de un peligro. Ésa es y debe ser la medida de nuestro éxito. Todo lo demás es un fracaso.

Para hacer al liberalismo inspirador, debemos abandonar el lenguaje concesivo y pragmático, que antepone éxitos parciales a capitulaciones inimaginables e inmorales. Ya lo probamos durante la década pasada y no dio resultado, salvo para arrastrar en el lodo del descrédito a todo el pensamiento liberal y a sus principales exponentes.

Lo que debemos hacer es exponer creativa y sugestivamente nues-

tra radicalidad. Los liberales debemos ser los radicales del siglo XXI. Debemos encontrar nuestro núcleo duro y defenderlo a muerte. Mientras más radicales seamos, más ganaremos en el natural y espontáneo vaivén de la sociedad. La sociedad es a las ideas de vanguardia como a la arena mojada por la marea: marcha siempre detrás de la ola.

Así, para que sea de vanguardia, el liberalismo debe recobrar su condición esencialmente revolucionaria. El liberalismo siempre está profundamente descontento con el status quo, con lo establecido. Propone una revolución sin sangre, una anarquía ordenada y sin bombas²¹.

Quiere acabar con ese orden de cosas donde las leyes son excusas y los fallos judiciales coartadas para la impunidad. El liberalismo postula la defensa sagrada de los derechos individuales, porque la libertad es la puerta que gira sobre esos goznes que son nuestros derechos esenciales.

De este modo, para ser liberales hay que ser políticamente incorrectos. Los liberales siempre se han distinguido del rebaño²², y deben hacerlo ahora del *political correctness*.

No olvidemos que, en realidad, la corrección política no es otra cosa que la vanguardia domesticada y asumida por la sociedad en su conjunto. Lejos de ello, el liberalismo llama a las cosas por su nombre: si acusa a algunos ciudadanos de seguir siendo estómagos agradecidos, o mediocres consumidores de pésima seguridad social y de guarderías públicas, o criaturas ministeriales²³, debe hacerlo. No debe callarse nada.

Finalmente, la única posibilidad que tiene el liberalismo para subsistir en la América Latina actual, es proponiendo una libertad al máximo, ejercida hasta sus límites, e incluso más allá: una libertad sin límites de velocidad²⁴.

En ese sentido, el liberalismo exige de nosotros, los liberales, lo que Kadmos mostró a Gelón de Siracusa, brillantes pruebas de una lealtad y buena fe, ya no raras, sino inauditas, pues el que necesita un auxilio considerable y extraordinario se dirigirá con preferencia a una

mujer o un hombre que hayan dado pruebas de esa singular grandeza de ánimo. ¿Estamos los liberales dispuestos a hacerlo? ¿Honraremos a quienes dieron todo por él? Es hora de dar una respuesta.

Santiago de Surco, 31 de enero de 2006

EL LIBERALISMO QUE AMÉRICA LATINA NECESITA

¿Hay un nuevo escenario político en nuestros países? A mi juicio, lamentablemente, no. El corazón de América Latina sigue latiendo hacia la izquierda. En lo profundo de sus corazones y mentes, la mayoría de nuestros compatriotas mantiene viva la llama revolucionaria y populista. ¿Cómo comprobamos esta situación?

Lo hacemos cuando vemos que se ha producido una suerte de “círculo vicioso” en el que las ideas equivocadas han originado instituciones débiles, y que éstas, a su vez, han nutrido y fortalecido esas ideas erradas que definimos con el término de “ideologías”.

Todas o gran parte de las percepciones, mitos y prejuicios que constituye la argamasa de las ideologías latinoamericanas tienen un código genético populista, revolucionario o socialista. Esa cosmovisión nutre a todos los sectores sociales, elites y masas, unificando sus odios, reconociendo sus intereses e incitándolos a la acción.

Esta ideología –o ideologías– latinoamericana, desde el peronismo al aprismo, desde el indigenismo al bolivarianismo y la teología de la liberación, crean y dan respuesta a leyes que son en realidad trampas,

cuando no reflejos del poder –y donde la frase más común para graficar este comportamiento es “hecha la ley, hecha la trampa”– a las “mordidas” y “coimas” si nos pasamos una luz roja, a los reglamentos estalinistas e invasivos, a los parlamentos sometidos y corruptos, a los hombres fuertes y salvadores de la patria, a los mercados débiles e intervenidos, los Estados componedores de todos los entuertos inimaginables, a los empresarios mercantilistas, los sindicatos radicalizados y politizados, y esa debilidad institucional que es característica de nuestros países.

Pero este círculo vicioso no explica, por sí solo, que el corazón de América Latina continúe latiendo hacia la izquierda. Usando uno de los términos metodológicos de nuestros sempiternos adversarios, las “condiciones objetivas” del subdesarrollo latinoamericano no han variado sino que, por el contrario, se han fortalecido, y han dado vida nueva a la, por un momento, frágil llama revolucionaria y populista.

¿Cuáles son esas “condiciones objetivas”? Quisiera destacar tres. En primer término, la desigualdad económica, jurídica y cultural entre elites y masas en América Latina, desigualdad que fomenta el racismo y la exclusión –los “cholos” peruanos, los “quichés” guatemaltecos, los “cabecitas negras” argentinos, menospreciados por sus respectivas elites, son sólo un botón de muestra de lo que se quiere decir–.

En segundo lugar, la alta tolerancia a la mediocridad, a la corrupción y a la impunidad de los latinoamericanos, que se refleja en particular en los modos de ser de la mayor parte de mexicanos, bolivianos y peruanos –donde, por ejemplo, para decir que un trabajo está hecho en forma apresurada y torpe, decimos que está hecho “a la peruana”– y, finalmente, el mercantilismo de nuestros empresarios, a quienes, salvo honrosas excepciones, llamaremos mejor “cazadores de privilegios”, siguiendo el acertado término de Alberto Benegas Lynch.

Lo más grave de todo es que, a esos tres problemas o condiciones objetivas, los liberales les hemos dado siempre la respuesta equivocada. Hemos creído que la respuesta para resolver la desigualdad, la mediocridad

y el mercantilismo son la economía y la comparación de los porcentajes de crecimiento de los países más desarrollados que los nuestros.

A problemas vivos como una herida abierta los hemos ignorado, o, peor aún, los hemos pensado únicamente en términos de proyecciones y tendencias económicas, y cuando se nos ha forzado a dar una opinión, apenas hemos expresado ideas inconexas e insuficientes.

En ese sentido, hemos de advertir que, si los liberales nos negamos a poner como puntos primeros de nuestras agendas académicas y políticas estos problemas, si no rompemos de una vez ese círculo vicioso de ideologías erradas e instituciones débiles, y si seguimos dando a unos y otros una respuesta exclusivamente económica, la izquierda seguirá anidando en mentes, corazones, partidos y gobiernos latinoamericanos, y el liberalismo seguirá siendo en América Latina un pensamiento minoritario, ridiculizado y malentendido.

Ello no obstante, tengo la convicción personal de que la vida siempre da segundas oportunidades. Esta vez no nos podemos equivocar. El escenario desarrollado nos obliga a replantear nuestras tareas y acciones, y el modo cómo concebimos la libertad que defendemos.

La primera de ellas es hacer del liberalismo una verdadera ideología. Para enfrentar una ideología como el marxismo, sólo se le puede oponer otra ideología, el liberalismo. Un mito sólo puede ser confrontado con otro mito. Así, por ejemplo, al rostro del *Che* Guevara tenemos que oponer la faz apostólica de Juan Bautista Alberdi o el perfil heroico de Benito Juárez.

Por tanto, para romper ese círculo vicioso de marxismo y debilidad institucional que he descrito, tenemos que reemplazarlo por el círculo virtuoso de la ideología liberal, que crea y nutre instituciones fuertes, y que también la alimenta.

Para eso debemos tener claro que la ideología liberal debe cautivar y ser un llamado a la íntima conciencia de los latinoamericanos. Una ideología debe, en una palabra, iluminar, y para hacerlo debe tener lo mejor de nuestras tesis liberales y de nosotros mismos.

Además de esos atributos, el pensamiento liberal debe ser enarbolado por personas que, en partidos, asociaciones y organizaciones civiles, tengan el rostro y apellido de las masas y no el de las elites.

Si queremos quitarnos la acusación de derechistas, racistas y excluyentes que nos persigue, el liberalismo latinoamericano tiene que ser esencialmente popular. Creo que no hay mejor manera de demostrar que el liberalismo está contra la desigualdad, la exclusión y el racismo que dotarlo del rostro del pueblo latinoamericano.

Finalmente, para que la ideología liberal asiente definitivamente en las mentes y en los corazones de los latinoamericanos, tiene que proponer modelos positivos de comportamiento.

Uno de nuestros más grandes errores intelectuales ha consistido en que, al considerar a la libertad como el derecho de cada uno a hacer lo que quiera, menos lesionar los derechos del otro, entonces el liberalismo no preconiza ningún modelo de comportamiento en particular, puesto que seguir o no alguno de esos modelos está sujeto al libre arbitrio de las personas, teniendo todos el mismo valor.

Este argumento es un terrible error, que nos ha generado un gran flanco en el que se han encarnizado nuestros adversarios. Pues si los liberales no preconizamos ni defendemos ningún modelo de comportamiento, entonces para nosotros da lo mismo el ocioso que el diligente, el sensualizado que el hacendoso o, como en el tango Cambalache, “lo mismo un burro que un gran profesor”, mientras no se violen los derechos del otro.

Esto ha hecho que la izquierda y los conservadores se apropiaran modelos de comportamiento absolutamente acordes con el liberalismo, tales como la vida según el ahorro antes que según el despilfarro, el ideal de la superación personal mediante el sacrificio y el trabajo antes que por la riqueza heredada.

Asimismo, otras ideologías se han apropiado de modelos liberales de comportamiento, como por ejemplo el ideal de la excelencia frente a

la mediocridad, el de la creatividad, la innovación y la competencia frente a la indolencia, el de la vocación de servicio al prójimo y, en suma, todos los sentimientos que hacen noble y digno al humano actor.

Me pregunto, ¿acaso no son esos los modelos de comportamiento que inspiraron los padres fundadores del liberalismo latinoamericano, como por ejemplo Alberdi, Villafuerte, Juárez, Químper o Martí? ¿No son esos los valores forjados por los capitanes de la industria y los capitalistas que empezaron desde abajo y obtuvieron con su sudor y esfuerzo grandes fortunas? ¿Porqué los hemos olvidado?

Lo peor de todo es que las masas asocian esos positivos modelos de comportamiento con cualquiera de las ideologías latinoamericanas, menos con la liberal, que fue la que les dio origen y carta de ciudadanía. Por lo tanto, es nuestro deber recuperar esas banderas.

Insistimos. Es fundamental y prioritario recuperar las banderas que izquierdistas y conservadores nos han quitado: la lucha contra la desigualdad, el racismo y la exclusión, que han sido siempre nuestras. Encandilados por la economía, se las hemos entregado a nuestros adversarios. Es nuestra tarea primordial reivindicarlas.

En resumen, hay que proponer una ideología liberal. Hay que ofrecer una utopía liberal. Hay que hacerlo con el rostro y los modos de las masas latinoamericanas. Hay que hacerlo proponiendo los mejores modelos de comportamiento que justamente se crearon gracias al pleno ejercicio de la libertad.

Hay que hacerlo con partidos liberales, pues ya no debemos confiar en que los socialistas aggiornados o los conservadores hagan nuestro trabajo. Y hay que tomar las banderas de los problemas más álgidos de nuestros países, que son también las razones por las cuales el liberalismo, a pesar de tener a su lado la razón y la historia, no ha ganado el corazón de nuestros compatriotas. Ése es el camino que hará la diferencia. Yo los invito a seguirlo.

Porto Alegre, 1 de abril de 2006

RITO DE PASO

La primera novela de Víctor Coral nos deja entrever su pensamiento, sus lecturas, pero sobre todo su pasión por contar una historia, que se deja leer y ofrece a sus lectores preguntas y reflexiones de diverso tipo.

Rito de paso es tanto una literatura del futuro, como una crítica severa y sin concesiones a la sociedad peruana actual. Es además una advertencia de cuán decadentes seremos si continuamos en la senda por la que nos conducimos o nos dejamos conducir. Y mucho más.

Con inteligencia esquiva, una primera lectura podría hacer aparecer ante nuestros ojos que *Rito de paso* es una novela de ciencia ficción, una fábula futurista en la que su protagonista, Divinne, como *Druuna*, la pulposa musa del cómic erótico de culto del excelso dibujante veneciano Paolo Eleuteri Serpieri, piensa, hace el amor, cuestiona y se cuestiona, escribe poesía, se esconde en y huye de una ciudad deforme y agigantada hasta la desesperación, de gótico eclecticismo, como hecha y rehecha sobre sus cimientos por un arquitecto enloquecido por el consumo de demasiados alucinógenos.

Es por ello el único ser humano verdaderamente vivo de la novela. Sus amantes ocasionales, Aníbal y César, aparecen afantasmados, pre-

sos cada uno de sus particulares anomias, dejándose arrastrar por los acontecimientos, viendo –literalmente– cómo les pasa la vida por encima, esa vida que no es otra que la propia Divinne.

De este modo, la protagonista de la novela de Coral rinde tributo a otros personajes literarios similares, como Adriana, de *La romana* de Moravia, o Justine de *Justine o los infortunios de la virtud* de Sade.

A su manera, Divinne quiere, como ellas, la libertad. Como ellas también, cuestiona su propia moralidad y sus sentimientos, se avergüenza de sí misma e intenta comprenderse en sus instantes luminosos, pero también en los más aciagos.

Tal parece que, como pensaron los moralistas escoceses de la Ilustración, ser libre es tener la capacidad de equivocarse. Y eso hace Divinne: se equivoca, por ejemplo, cuando busca su propio yo en las sectas del Centro. Pero en ese proceso de ensayo y error va encontrándose, y entendiendo que la historia de su verdadero ser aún está por escribirse.

Del mismo modo, Víctor Coral en su crónica del futuro cuestiona sin ambages a la sociedad en la que vive. Cuestiona el intelectualismo snob que no ve más allá de su propio ombligo, la contaminación ambiental que vierte la muerte por donde transita, y sobre todo el cinismo como única bandera invicta del presente–futuro, que ha hecho carne en todos los personajes, menos en Divinne.

Ella quiere creer en algo, aún no sabe en qué, pero quiere y se esfuerza por creer. Termina haciéndolo en sí misma. Más allá del cuestionamiento superficial al régimen opresivo en el que vive –un guiño de Coral a *1984* de George Orwell y a *Un mundo feliz* de Aldous Huxley– la censura sin propósitos y la opresión sin objetivos de esta Lima muerta y corrompida no parece ser lo que más repugna a Divinne: es la anomia en la que viven sus semejantes lo que la estremece.

De tanto no creer en nada, tal como muchísimos peruanos en la actualidad, los amantes de Divinne han terminado por no creer en sí

mismos. La salida de ambos es el suicidio, logrado en uno y fallido en el otro. La única que quiere enfrentar valientemente la vida y hallar en ella una salida, es la protagonista.

Finalmente, encuentro una buena dosis de verdadero individualismo en la opera prima de Coral. En sus diversos atisbos, en forma deliberada o inconsciente, para Coral la recuperación del yo es una exigencia en una ciudad cada vez más supresora, censora e intimidante. Para Divinne afirmar la propia personalidad es la única y auténtica rebeldía.

Con lo ya dicho, saludamos a esta novela de Víctor Coral, y nos quedamos con el final del penúltimo capítulo como el de toda ella: “la oscuridad infinita la cubría”.

Lima, 20 de junio de 2006

NOSOTROS, LOS POETAS, QUE LAS QUEREMOS TANTO

Una visión de la poesía contemporánea peruana hecha por mujeres lamenta la ausencia de una propuesta articulada de poesía femenina con una temática amplia y de corte feminista.

Esta perspectiva sostiene que, a dicha ausencia, han contribuido la crítica, los promotores culturales y los grupos literarios peruanos, conformados en su mayoría por hombres, que “invisibilizaron” a las poetisas mujeres. Comprende, incluso, a las propias poetisas, a quienes se acusa de no haberse esforzado como es debido para construir dicha propuesta, y de haber continuado infructuosamente en la senda de la poesía erótica de la generación anterior, salvo algunas –y muy contadas– excepciones.

Empero, lo que se nos ofrece es una visión equivocada y profundamente inexacta de la poesía femenina peruana en general, y en particular la que se desarrolló en tiempos recientes en nuestro país. En primer término, elaborar una propuesta articulada y, al mismo tiempo excluyente de poesía –cualquiera sea el género que la proponga– es el mejor método para encorsetarla y destruirla.

La naturaleza de toda manifestación artística es la de estar permanentemente expuesta a las tensiones entre la defensa de una tradición y la ruptura con ella. En ese proceso de ensayo y error, la indivi-

dualidad del artista es vital, incluso para discrepar con la visión de su propio género.

Bien se trate de defender unos principios o métodos poéticos, mejorándolos, o de hacer de la poesía la expresión viva de la disidencia, tener un modo personalísimo de crear es el prerequisite indispensable en uno u otro caso. En otras palabras, ya se trate de romper la tradición o de seguirla, la mejor forma de servir a los dos propósitos es teniendo una voz, un contenido, una temática y un estilo propios, únicos, auténticos.

Sin embargo, cuando un grupo de poetas promueve un modo colectivo de creación, con paradigmas y parámetros definidos de los que no se puede salir, con los que no se puede discrepar ni es posible cuestionar, pues hacerlo sería “traicionar” la propuesta, el resultado es la muerte de la poesía. Y esto último es válido tanto para la poesía hecha por afro peruanos, por católicos, por poetas del sur o por mujeres.

De manera que seguir con una propuesta como la descrita, esto es, construir una alternativa feminista de poesía, e imponerla a todas las poetas mujeres, excluyendo todas las demás visiones, daría como resultado la muerte de la poesía femenina pues destruiría el atributo esencial de todo creador: su libre albedrío y su capacidad de disentir. Y es que, tanto esa libertad como esa disidencia no son propiedad exclusiva de ningún género.

Apresurémonos a indicar que esto no invalida una forma “feminista” de ver y hacer poesía. Incluso dentro del feminismo, como sabemos, existen tendencias que discrepan entre sí: el feminismo anarquista, el militante, el de derechas y el de izquierdas, el que concibe a todas las opciones sexuales como iguales o el que reivindica únicamente al género femenino. ¿Cuál seguir?

Me atrevo a sugerir que el que desee cada poeta. Si esto es así, no se puede tener una propuesta “articulada” sino la que cada creadora considere mejor. Lo contrario sería caer en la fatal arrogancia de

aplantar la buena literatura para favorecer la militancia feminista: es decir, lograr la *politización* de la poesía.

Tampoco es verdad que hubiera una idea preconcebida respecto a la poesía femenina contemporánea, como temerariamente muchas poetas afirman. Como testigo de excepción de la poesía reciente, cabe decir que sus principales exponentes fueron decididos promotores y defensores de la poesía hecha por mujeres. De hecho, ni en los talleres, ni en los conversatorios, ni en los recitales de los últimos tiempos, las poetas fueron vistas como un grupo aparte, inferior o distinto al resto de creadores que escribieron y publicaron en esos años. Sencillamente eran iguales.

Así, prácticamente todos los grupos, colectivos y poetas que protagonizaron la escena poética contemporánea tuvieron entre sus integrantes a mujeres. Y todas ellas opinaron, participaron y escribieron sin que fueran discriminadas o “invisibilizadas” por sus pares varones.

Tampoco es cierto que las poetas recientes no ampliaron su propia temática. Entre los casos más clamorosamente omitidos por esta visión y sus exponentes, se encuentran: Dida Aguirre García, de Huancavelica, que ganó el Concurso Nacional de Literatura Quechua convocado por la Universidad Nacional Federico Villarreal con su poemario *Jarawi*; Ana Varela Tafur, de Iquitos, quien gana el premio Copé de 1991 con *Lo que no veo en visiones*, o Sonaly Tuesta, de Amazonas, quien nos ofrece una de las más sentidas páginas sobre la infancia y adolescencia de la década del noventa con *El secreto de los sachapuyos*, publicado en 1994.

Además están la poesía desenfadada de Verónica Álvarez, con *21 pepas de amor y una canción desentonada*; el desencanto de Grecia Cáceres, en *De las causas y principios/venenos embelesos*; o las reinventiones del erotismo femenino, con Virginia Benavides, y su *Extrabismo*, y de Silvia Vidalón, en *Boca de uva* demuestran que las poetas peruanas recientes tienen mucho más que decir que el mero feminismo militante antes mencionado.

Finalmente, esta defensa de la poesía hecha por mujeres, la hacemos justamente por nuestras compañeras poetas, pues las queremos tanto.

Santiago de Surco, 23 de julio de 2006

EL ESCRITOR PERUANO ESTÁ DESNUDO

El reciente debate sobre narradores y críticos ha mostrado que, en el Perú, el escritor está desnudo. Es hora de decírselo. El escritor peruano carece de una infraestructura mínima que lo represente, que defienda sus intereses y lo resguarde ante las múltiples vicisitudes y necesidades que lo acosan. Del mismo modo, a los narradores, ensayistas y poetas nacionales les faltan críticos serios, preparados, intachables y comprometidos con la promoción de la literatura nacional. Esos críticos, en estas tierras, sencillamente no existen.

Asimismo, no tienen manera de definir su propia situación en el Perú, ni un aparato intelectual o siquiera unos instintos que le permitan encontrar su lugar en los procesos políticos, económicos y sociales de nuestro país. Quizás por esa causa no son considerados como líderes de opinión en la sociedad peruana –tal cual ocurre en todos los demás países del mundo civilizado– y la publicación de sus libros pasa completamente desapercibida para la televisión y la radio locales, es decir, para los medios de comunicación más efectivos para llegar masivamente a sus posibles lectores.

Nuestros escritores se hallan desprovistos también de una infraestructura mínima de mercado para poder vivir de su literatura: en estas

costas no hay agentes literarios, ni editoriales que evidencien éxito empresarial, ni librerías importantes, ni mecenas empresariales, institucionales o personales que financien la creación literaria. En ese aspecto, el Perú es un páramo.

Pero, sobre todo, el escritor peruano no tiene lectores: en una sociedad donde elites pudientes y masas empobrecidas, donde blancos, mestizos y afro peruanos, ricos o pobres, todos por igual, no han leído en su vida un solo libro completo, en cuyas casas jamás se ha visto una biblioteca, donde los libros son sólo parte de la decoración de salas y dormitorios –y eso, únicamente cuando están de moda– quien se dedique a escribir aquí es un verdadero extraño, un aspirante a morir de hambre o, sencillamente, está loco.

En esta tierra yerma que es el Perú para la literatura, considero que la primera responsabilidad de esta trágica situación es de los propios escritores. Primero, porque no escribimos para nuestros lectores. No pensamos en ellos. No nos interesan. Los narradores se han vuelto vulgares matarifes. Ni siquiera llegan a cirujanos. Sólo exponen vísceras animales –sobre todo las suyas– y las exhiben en un camal al que llaman novela o cuento.

Sangre, suciedad, prostitución, travestismo, hoteles derruidos y malolientes, drogadicción y violencia política o social –sea para cumplir sus propias agendas o las de sus jefes, aquí o en el extranjero– son los temas. Los muy pocos que salen de la escritura de letrina son nefelibatas, decoradores de interiores literarios: apenas logran generar un par de buenas atmósferas, pero nada más. En uno u otro caso, investigar o escribir sobre otros asuntos –los que verdaderamente pueden interesar a los lectores– significa venderse, rebajar su olímpica condición de iluminados.

A esos pseudos creadores habría que recordarles que los lectores peruanos quieren, por ejemplo, escapar del mundanal ruido nacional y vivir la vida de otros, por ejemplo, a través de un libro. O conocer en forma de ficción la vida privada o pública de sus antecesores. O que se les brinde soporte escrito a los mitos y leyendas provincianos que las abuelas nos

contaban para aterrarnos. Tres ejemplos al respecto: en trescientos años de régimen colonial, pródigos en lances románticos, aventuras de piratas, atrevidos arcabuceros, cardenales intrigantes y pérfidos virreyes, lo único que existe para los lectores es *Piratas en el Callao*.

Es una afrenta, tanto para los matarifes como para los señoritos de largos cabellos de la palabra, que sepamos, por un cineasta provinciano, del mito ayacuchano del *Jarjacha*, hombre convertido en monstruo al cometer incesto. A ninguno de ellos se les ha ocurrido escribir, en forma de novela histórica, sobre las fantásticas vidas, llenas de luces y de sombras, de Piérola, Castilla o Cáceres.

En su afectada condición de creadores, unos y otros han pasado por alto lo obvio: sin lectores no hay escritores. No hay librerías. No hay infraestructura ni mercado para los libros. No hay críticos responsables sino sicarios de la pluma. No hay posición ni liderazgo. No hay, en buena cuenta, nada. Sólo la desnudez y el desamparo absolutos.

Como si fuera poco, muchos de nuestros escritores padecen una suerte de *esquizofrenia vital*. El síntoma principal de esta enfermedad es que los escritores peruanos se pretenden de izquierdas, pero en realidad quieren vivir como de derechas. Por eso, aunque desean una buena vida –como cualquier mortal– reconocer, o peor aún, defender la sola existencia del único medio que la proporciona –esto es, el mercado– les parece obsceno. Ello no obstante quieren tener ese confort material con frenesí.

Así, en su empeño por no traicionar sus principios y vivir en la marginalidad, los escritores se complacen en despreciar al empresario, identificándolo como un hombre de las cavernas. Esa conducta es un error: no se debe menospreciar a quien cumple su rol en el mercado, tanto trabajador o empresario, ni idealizar a uno rebajando al otro.

De este modo, cuando los escritores desconocen la realidad del mercado o creen que la actividad a la que uno se dedica supone automáticamente negar lo que uno es y en lo que cree, yerran gravemente y se condenan al silencio en el que viven.

Hasta tanto nos dediquemos a los lectores y superemos esa esquizofrenia vital que nos aturde, no construiremos un verdadero mercado ni una institucionalidad mínima para la literatura peruana. Ésa es la tarea que debemos en verdad imponernos. Los peruanos leerán si somos capaces de conmoverlos, seducirlos o hacerlos mejores con buenas historias o poemas llenos de intensidad, sensualidad y altura.

Podemos seguir haciendo lo de siempre: sacarnos las vísceras unos a otros en un teatro vacío, condenándonos al silencio, creyendo, como los levitas, que nos mantenemos puros si no hacemos nada. O podemos cambiar y así cambiar al Perú. El escritor peruano ya no puede ni debe estar desnudo. Es hora de vestirnos.

Santiago de Surco, 6 de diciembre de 2006

LOS ANARQUISTAS CORONADOS

La literatura peruana ha vivido siempre en el filo de la navaja. En efecto: en el Perú, el escritor siempre ha sido visto como una molesta espina en el costado del poder; por la empresa peruana, como un sujeto inútil e improductivo; en el ámbito académico y cultural de nuestra patria, el escritor se ha visto dividido y en medio de ataques de unos contra otros, como hasta ahora. En nuestra sociedad, en suma, es el escritor un sujeto que vive en su limbo, y al que ésta califica como excéntrico.

No ha ocurrido aquí lo que en los socialismos realmente existentes, o más cerca, lo que en México durante gran parte del siglo XX, donde en los escritores –casi exclusivamente, los comprometidos con el régimen, o aquellos dóciles o políticamente inocuos– lograron constituir parte de las oligarquías de esos sistemas totalitarios o de la dictadura perfecta latinoamericana: a cambio de su docilidad, de su compromiso, o por servir como sicofantes a esos gobiernos, obtuvieron subsidios, becas, puestos en los ministerios y embajadas, y así se pudieron dedicar a su literatura, siempre y cuando la misma no resultase lesiva a los intereses o postulados de las nomenclaturas que gobernaban y a las cuales servían.

Tampoco ha sucedido en el Perú lo que acontece en las sociedades libres y democráticas –*realmente existentes* también, por cierto– donde existe un Pen Club, donde los escritores están asociados, donde hay mecenajes, fundaciones, editoriales sólidas, donde a los poetas –como a Ginsberg, por ejemplo– *se les pagaba* por los recitales que brindaban, sin que ello resulte dañino o perjudicial para ellos o para sus compromisos ideológicos.

Lo que ha pasado en el Perú es lo peor que le puede ocurrir a una sociedad: el divorcio total entre los escritores y el medio en que viven, ya sea el Estado, la empresa o los lectores.

Los escritores peruanos no han apostado a formar parte de las burocracias públicas, tampoco han promovido los mecenazgos empresariales ni las aventuras editoriales. Se han desvivido por considerar a los lectores como iletrados e incultos, desdeñándolos, sin esforzarse un ápice por motivarlos a leer.

Los muy pocos que lo han hecho, con desiguales resultados, han sido siempre desacreditados por la mayoría de sus pares. Ese círculo vicioso de la literatura peruana se ha repetido, inmisericorde, hasta hoy. Por esa razón, los poetas y narradores sólo salen en las portadas de los periódicos cuando mueren.

Cierto es, también, que en todas las sociedades y momentos históricos que reconozcamos, los escritores han ejercido diversos oficios, sin lograr vivir –salvo honrosas excepciones– exclusivamente de su literatura. Esto no es nefasto en sí mismo, ni producto de una realidad oprobiosa, tal como algunos escritores proclives al aislamiento y la miseria sostienen.

Ha ocurrido en monarquías, dictaduras o repúblicas; también en economías libres, corporativas o centralmente planificadas. Ello no obstante, en algunas sociedades más desarrolladas, ya sea la Francia socialista o los liberales Estados Unidos, donde se suele leer más, es donde los escritores tienen más posibilidades de realizar trabajos ligados a su actividad: son profesores, periodistas, académicos, redactores de discursos, traductores, entre otras actividades.

Esto es tan cierto, que muchos escritores peruanos han decidido vivir en esos países para poder dedicar, por lo menos parte de su tiempo, exclusivamente a la creación literaria.

Querer que esa posibilidad exista en el Perú no me parece malo; sin embargo, para los anarquistas coronados –he tomado prestado el espléndido título que Artaud escogió para escribir sobre Heliogábalo, cruel emperador romano, a fin de describirlos– sí lo es. Todos se vuelven “traidores” o “defensores del sistema”. Nadie es inocente –como expresara, al propiciar un atentado en el Café de la Paix en París, el anarquista Ravachol– entonces, salvo ellos.

Por otra parte, servir en las burocracias públicas o privadas no tiene, en sí mismo, nada de malo, tal como se nos quiere hacer ver.

Observemos: si Elliot fue un empleado bancario, Kavafis un funcionario en el servicio público de saneamiento toda su vida, Pessoa un servidor municipal, Sologuren un funcionario en el servicio tributario peruano, Ribeyro un diplomático tanto de la dictadura como la democracia peruanas, lo mismo Carpentier del régimen castrista; todos ellos serían, para nuestros escritores anarquistas, serviles burócratas de encebadas barrigas –concepto que no se aplicaría nunca, por su contextura, al autor de *Los dichos de Luder*–. No nos dejan salida: ser miserables o defensores del sistema, ésa es la disyuntiva.

Ellos deberían saber que en nuestros predios se puede dar de todo; incluso, el caso de Kafka, que nunca quiso vivir de su literatura, siendo hasta el final de sus días un funcionario judicial, quien, como reza la leyenda, ordenó a su amigo Max Brod quemar todos sus escritos a su muerte, lo que éste no hizo, para bien de la literatura mundial.

En ese orden de ideas, tampoco hay nada de inmoral en ser un aristócrata, como Tolstoi, o el hijo de un hacendado del sur profundo de Norteamérica, como Faulkner. Por lo mismo, no es inmoral en Chesterton, que fue siempre un escritor ganapán con mil oficios. Nunca por ello dejó de defender la monarquía constitucional inglesa. O en Borges, un

modesto director de bibliotecas municipales, al mismo tiempo que un conservador. De modo que no hay determinismo alguno entre estrechez y combate al sistema en el caso de los escritores.

De hecho, Tolstoi sí era un defensor del “sistema putrefacto” al que los anarquistas aluden, lo mismo que Céline o Lovecraft del régimen nazi, Hemingway de la república española y el socialismo democrático en juventud, y, al final de sus días, de la república norteamericana, Neruda del totalitarismo soviético y de Stalin, Ayn Rand del capitalismo al servicio de los intereses individuales, y Nabokov del intervencionismo norteamericano en el sudeste asiático. Sobre este último, hay que decir que sus orígenes aristocráticos lo pusieron, desde la primera hora, en contra del colectivismo y corporativismo que los anarquistas coronados defienden.

Olvidan, por cierto –o no quieren ver– que Nabokov, nacido rico y aristócrata, fue despojado por el bolchevismo, padeciendo luego la pobreza en Inglaterra y Norteamérica durante muchos años, y ya terminando la cincuentena, volvió a alcanzar la riqueza con una novela signada por el escándalo, ése al que nuestros escritores anarquistas tanto repugna: *Lolita*.

Y si quieren otro ejemplo, les doy a otro ruso genial: Dostoievski, quien ganó fortunas con sus extraordinarias novelas, las que perdía de inmediato en los casinos –escribió *El jugador* para relatar sus propios infortunios– pues consideraba que la miseria era el mejor aliciente para el creador.

Vidas como éstas, hay miles. Pero los anarquistas coronados no lo desean ver. Apelo a su inteligencia y a su sensibilidad, para decirles que ni la miseria ni las adversidades son, a pesar de todo, nuestras enemigas. El desdén por la lectura y el divorcio de la cultura sí lo son. Por ello tenemos que enfrentarlas. Seguro estoy que en ese combate, el verdadero, el que no nos dará tregua, estaremos juntos y del mismo lado.

Santiago de Surco, 19 de diciembre de 2006

SI ERES ARTISTA Y LOS INDIOS NO TE ENTIENDEN

Un prejuicio común a los escritores reside en el aserto que la literatura no debe someterse jamás a los viles intereses del mercado. Padecen este prejuicio poetas, narradores y ensayistas por igual, y en particular lo sufren los de izquierda –que son casi todos–. Siendo el mercado un fenómeno que no comprenden ni quieren comprender, su fobia se acrecienta todavía más, si cabe, cuando la obra que escriben tiene que pasar por las horcas caudinas y multitudinarias de la gente, que –según su juicio– poco o nada sabe de literatura.

Al respecto, debemos señalar, en primer término, que los escritores tienen el derecho inalienable a escribir sobre lo que mejor les parezca. La población tiene el derecho, también sagrado, de leer las obras que mejor prefieran. Si el escritor sólo quiere poner su creación únicamente en manos de entendidos, y despreciar a las masas por ignorantes, ésa es su libertad. Si las gentes, por su parte, no desean leer el libro de un determinado autor, sencillamente no lo compran.

De esta manera, ambas libertades son parte esencial de una sola y misma libertad: la libertad de elegir, el libre albedrío o voluntad libre, como quiera ser denominada. Esa libertad de elegir –la del lector y la del escritor– debe ser defendida a cualquier costo y contra todo el que se le oponga, o la desprecie. Nadie tiene ningún derecho de imponerle al escritor qué temas tratar o cómo escribir. Persona alguna puede obligar a un ciudadano a leer un libro cuyo tema o contenido no le gusta, de un autor que odia o le desagrada.

Al ser la misma libertad, no obstante, ambas corren igual suerte: no se puede claudicar en una sin lesionar gravemente a la otra. En ese sentido, si despreciamos la libertad de elegir en el mercado, también despreciamos la del creador y su deseo de escribir para muy pocos, como también para muchos.

Esa moneda también tiene otra cara: nos guste o no, en el momento mismo en que la gente decide qué libro comprar, la literatura se somete al gusto de la gente. Dar en el gusto en la gente no es una tarea fácil, requiere ingenio, esfuerzo y dignidad. Sin embargo, para muchos de nuestros escritores es una labor inmoral y de pésimo gusto. Nuestros divinos creadores creen sinceramente que eso ensucia la literatura y la rebaja, pues la lleva a las masas incultas, mestizas y sucias, que *son el mercado*.

Cuando los literatos desprecian al mercado, lo que nos dicen en realidad es que un escritor siempre se encuentra por encima de sus lectores y es capaz de tomar por ellos una decisión mejor. En suma, siempre tendrá mejor gusto y sensibilidad que ellos, ¿no es así? Por algo han leído y han escrito, dirigen programas, revistas o páginas dedicadas a la cultura, enseñan o critican obras, mientras que otros trabajan en vulgares e innobles oficios, como el comerciante minorista, conductor de combi o panadero.

Entonces, si a la gente no le gusta lo que el divino autor escribe, no es su responsabilidad, es que las masas incultas no lo entienden. Como en *¿Porqué no se van?*, la letra de esa extraordinaria canción que da título a este artículo.

En su odio a los ciudadanos que deciden libremente en el mercado, en uso de la misma libertad que ellos tienen para crear, se delata una suerte de *fatal arrogancia* del escritor, para el cual los lectores no existen y son seres despreciables, casi débiles mentales. Esa pedantería intelectual es fatal, porque su resultado inmediato es la baja calidad de la literatura y su alta tolerancia a la mediocridad.

Como sólo se leen entre ellos, supuestamente “entendidos” y “críticos”, la medida de calidad no está sujeta a la miríada de visiones que tiene cada lector individualmente considerado, sino a esos pequeños dictadores literarios, sumos sacerdotes de esos todavía más minúsculos cenáculos de los cuales está constituida gran parte de nuestra literatura.

Es evidente que si se logra llegar con esos temas al gran público, ese ínfimo poder sacerdotal se verá mermado. Si todos leen, si todos opinan, si todos tienen algo que decir sobre determinado poema o novela, ¿cómo ejercer influencia? Así las cosas, se trata en realidad de no perder posiciones de poder.

Y es que la literatura es peligrosa, sobre todo la buena literatura. Nadie mejor para saberlo que los propios escritores. Un poema de Paz puede conmover, enardecer o modificar para siempre el comportamiento de cualquier ser humano, por ejemplo. En eso consiste su genialidad. ¿Qué pasaría si lo leyera un conductor de combi? ¿No sería acaso un mejor ser humano, no estaría menos embrutecido? ¿No vería la vida de otro color? De acuerdo con los autores que odian al mercado de lectores, eso no debe pasar.

A mi entender ésa es una posición reaccionaria: la de aquél que considera al lector como un ser inferior, incapaz de opinar sobre un texto, o decimos qué es lo que le gustaría o no leer, lo que, insistimos, es un derecho sagrado, que tiene el mismo valor de la libertad creativa, insolente y de altas miras. ¿Acaso, nos preguntamos, no tiene derecho el lector a opinar y decir qué le parece lo que escriben los literatos? ¿O deben permanecer mudos porque no están a su “elevado” nivel?

Por último, no olvidemos que casi toda la música o literatura de alto nivel ha provenido o tiene como protagonistas a los incultos de los arrabales. Jean Valjean de *Los Miserables*, por ejemplo. *Los compadritos muertos* de Borges. El tango y el jazz, considerados hoy “música culta” han provenido de los prostíbulos porteños y los corralones de Nueva Orleáns, respectivamente.

Y no hablemos de la música criolla, que se inició en las palizadas y los callejones de un solo caño, cuyas letras conmueven hoy a ricos y pobres, cultos e incultos por igual. Allí está el valse de Miguel Paz, realmente anarquista, *Desdén*. Lo cito, como mi aspiración final y esperanzada a seguir buscando que el pueblo lea y juzgue las obras de los escritores “*sin escuchar/ las espantadas voces/ de los envenenados por la muerte*”.

Santiago de Surco, 7 de febrero de 2007

LA IZQUIERDA INTESTINAL

A propósito de criticar libros sin leerlos y otras perlas

En las últimas semanas, diversos intelectuales y escritores, peruanos y de otras latitudes, han enfilado sus baterías críticas contra el libro *El regreso del idiota*, escrito por Plinio Apuleyo, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa. Dos circunstancias los unen: primero, ser de izquierdas, y segundo –y lo más importante– criticar este libro sin haberlo leído.

En efecto, todas las críticas de estos ¿responsables? analistas, sociólogos y poetas se basan únicamente en el artículo que publicase Mario Vargas Llosa en *El País* –y que fuera reproducido por otros medios– a propósito de la próxima presentación internacional de este tercer volumen que escribe la sociedad Apuleyo–Montaner–Vargas Llosa, sumado a *El perfecto idiota latinoamericano* y *Fabricantes de miseria*, y que recién llegará a las librerías en el mes de abril.

Para la comunidad académica, una de las mayores deshonestidades intelectuales, a la par del plagio, es la de comentar un libro sin leerlo, basando la glosa únicamente en referencias de terceras personas o, lo que es peor, en sus propios cristales ideológicos, que miran únicamente aquello que desean ver y hacen pasar por sesudo y comprometido análisis lo que es en realidad la muestra grotesca de las fobias, neurosis y

odios del crítico. Y esto último es lo que ha ocurrido en el caso de las respuestas a *El regreso del idiota*.

Sin embargo, esta irresponsabilidad no debe sorprendernos, pues es una vieja estratagema de los intelectuales de izquierda, usada hasta el hartazgo en el pasado, aprendida a su vez del propio Karl Marx, quien creía –ilusamente– desarmar a sus críticos de entonces, como por ejemplo los economistas austriacos, llamándolos “burgueses”, sin leer ni tomar en cuenta las reconvenciones que hacían al primer volumen de *El capital*.

De hecho, como sabemos por la historia, las críticas a las propuestas marxistas –por ejemplo, las que figuran en *Capital e interés*²⁵ y *Valor y precio de producción*²⁶ de Böhm Bawerk– fueron tan contundentes que los otros dos volúmenes de *El capital* fueron publicados luego de la muerte de su autor. Asimismo, en un acto de deshonestidad intelectual con pocos precedentes, Marx retiró las estadísticas oficiales del gobierno inglés de uno de los tomos aún no publicados de *El Capital* en un momento en que la realidad contradecía más elocuentemente a su andamiaje teórico.

Esto demuestra que los comportamientos actuales de los pensadores de izquierda son, en realidad, un vicio de origen o un pecado original, si se quiere, de su constitución fundamental.

La otra táctica, también muy antigua –y que Marx modernizó– fue la llamada del “fetiche”. Ésta consiste en pervertir un concepto hurtándole su contenido original y fabricar con ese cascarón vacío un monstruo que contenga todo aquello que repugnaría a un ser humano con un mínimo de decencia y respeto.

Una prueba moderna de la vigencia de esta trasnochada estrategia es la degradación absoluta de la palabra “neoliberal” que hoy significa ser un defensor de dictaduras y de corrupciones aberrantes, un propugnador del hambre y la miseria de millones de pobres en el mundo. Que los intelectuales, críticos y corifeos de la izquierda sigan teniendo éxito

con estas tácticas sin novedad ni originalidad, revela dos cosas: que hasta ahora siguen viviendo de su capital espiritual –sin renovar nada de su pensamiento desde el siglo XIX– y también lo poco eficaces que hemos sido todos los que no estamos de acuerdo con sus propuestas. No obstante, lo que verdaderamente sorprende es el silencio de la comunidad intelectual peruana e internacional en este asunto. Si algún comentarista o estudioso, que no fuese de izquierda, pasara revista a un libro basado únicamente en un artículo escrito sobre él, y no en la propia obra, que por lo menos debería leer para saber apropiadamente de qué se trata, sería objeto de los más severos y públicos cuestionamientos.

Por el contrario, para la comunidad intelectual, el filisteísmo de comentar libros sin leerlos es llamado “libertad de crítica”, tal como se observa a diario en páginas y *blogs* en Internet. Lo cierto es que el cómplice silencio de los compañeros de ruta de estos comentaristas es un botón de muestra sobre cómo se manejan los códigos no escritos de la intelectualidad y la cultura cuando ésta es regentada sin honestidad ni responsabilidad. Por último, si hay una idea por la que estos intelectuales han apostado seriamente es por la transparencia. Y si hay un oficio donde la transparencia lo es todo, es en el terreno de las ideas. Allí no deberían existir sinuosidades ni odios viscerales como las que exhibe esta izquierda intestinal.

Es profundamente inmoral hacer pasar por auténtica o valedera la idea de un autor determinado sin haberla revisado primero. Pero no se pueden pedir peras al olmo, ni honestidad intelectual a quienes han aprendido a construir fetiches ideológicos citando libros sin conocerlos ni por sus tapas, incluyéndolos sin más en la lista de obras prohibidas, cual inquisidores o ayatolas del siglo XXI. Sin embargo, estos críticos no son todos los que constituyen la voz autorizada de la izquierda, que tantas variantes y capillas tiene. A esos intelectuales responsables me dirijo, para que apostemos por fin a un debate serio, transparente y comprometido, en el que por fin se aclaren y destierren las perversiones y malentendidos.

Quizás en eso puedan estos críticos distinguirse del oscuro sendero

hecho a pulso por su principal mentor, Karl Marx. Es una esperanza –pequeña, por cierto– que me acomete a menudo. Será nuestro desafío conjunto hacerla realidad.

Santiago de Surco, 4 de marzo de 2007

EL REGRESO DEL IDIOTA COMENTADO

Se ha publicado *El regreso del idiota*, de Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa (Random House/Mondadori, México, 2007, 343 páginas) tercera entrega de estos destacados defensores de la libertad, el progreso y el bienestar, valores tan esquivos como urgentes en nuestros países, y que causara, como es lógico, ácidos e insultantes comentarios por parte de la *divine gauche* latinoamericana.

Lo novedoso es que todos estos presurosos pero desacertados “críticos” cometían el grave yerro –como hicimos notar en su oportunidad– de no haber leído el libro, que todavía no había salido a la venta. Un rotundo y al mismo tiempo grave caso de deshonestidad intelectual, amparado en el siniestro silencio de sus *compañeros de ruta* y de otros ingenuos en la academia y la cultura, de un lado a otro del continente.

Como seguramente estos aviesos y poco serios comentarios continuarán, nos apresuramos a recomendar este magnífico libro e insistir en su inmediata lectura. En sus inquietantes páginas, nuestros autores pasan revista a la actualidad de América Latina y, en su análisis, sorteando las zig-

zagueantes coyunturas de nuestros países, rastrean, en primer término, la genealogía intelectual y política de los “nuevos” izquierdistas de esta parte del continente.

En el libro queda claro que el neosocialismo o “socialismo del siglo XXI” latinoamericano está viviendo un autoengaño: se considera a sí mismo pleno de vitalidad, cuando en realidad se ha fosilizado, exponiendo su oscura decrepitud a la realidad solar e inmisericorde de nuestros tiempos, y dilapidando inexorablemente el poco capital espiritual que todavía le queda.

“Nietas de Marx, hijas de Lenin y sobrinas de Freud”, como sostienen los escritores, el último héroe de las izquierdas, Ernesto *Che* Guevara, lleva muerto más de cuarenta años, y casi nadie conoce su verdadero pensamiento –resumido en esa terrible frase suya: “ser... una fría máquina de matar”– ni sus crueldades y asesinatos a sangre fría, teniéndosele más como un fenómeno *chic* antes que como un verdugo a mansalva de adolescentes, lo que en realidad fue.

Sin correr la suerte de Guevara, –como puntualiza brillantemente el libro comentado– fuera de las costas de Cuba, el viejo y enfermo Comandante no inspira los enfebrecidos entusiasmos de hace cuatro décadas, repetidos hasta el hartazgo en proclamas, poemas, odas y canciones de *nueva trova*.

Más bien, queda patente que es, para todas las democracias en el mundo, una gran incomodidad, por sus sostenidas violaciones a todos los derechos humanos, su saudita riqueza, su olímpico desprecio a la libertad de pensamiento, prensa y expresión, y, sobre todo, por llevar el triste título de ser el dictador más antiguo de América Latina.

Del mismo modo, convienen los autores en que muy poco sensato ha de ser tener como adalides a líderes indigenistas, nacionalistas y tropicales bolivarianos –los “izquierdistas carnívoros”– que repiten los mismos clichés de hace cuando menos un siglo y medio; y, peor aún, cuando se sabe que comparten también los mismos apetitos de poder desaforado y supremo.

En realidad –como comprueba el libro– si nos acercamos a sus discursos y metodologías, vemos que nuestra izquierda se ha detenido en el tiempo. Un clarísimo ejemplo de ello es Silvio Rodríguez.

Como señala con indudable acierto el destacado crítico literario peruano Gustavo Faverón –a quien nadie puede acusar, por cierto, de *neoliberal*– “Silvio Rodríguez canta la revolución y es un ejemplo estrepitoso de conservadurismo. Su música es la eterna repetición edulcorada y entristecida de las mismas tres notas; sus letras son tan nuevas como pueda ser nuevo a estas alturas alguien que parece no haber leído en su vida nada más que a Bécquer y al *Che* Guevara. Ni siquiera su guitarra parece haber sido afinada en los últimos treinta años. Uno tiene la impresión de que afinarla sería un acto demasiado experimental para Rodríguez: es imposible detectar ningún tipo de evolución en sus discos: su primera época y la última son lo mismo”²⁷.

Es por eso que, acorde con los nuevos tiempos, como destacan Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, hay una izquierda renovada en América Latina, la cual ha abordado el tren de la historia, porque ha comprendido la realidad del mercado sin anteojeras ni corsés ideológicos, lo mismo que el respeto a los derechos esenciales de las personas y la democracia, sin perder por ello sus preocupaciones sociales.

Si algo podemos concluir de esta “izquierda vegetariana” –como se la denomina en el libro– es que resulta mejor y más práctico convencerles de la naturaleza bienhechora del mercado, que lograr que algunos liberales tengan en cuenta las evidentes desigualdades que padece nuestra región.

No obstante, ése no es el caso de los autores de *El regreso del idiota*, pues, si una evidencia resalta en el libro, es el reconocimiento de la pobreza y las divergencias sociales de Latinoamérica, y su solución a través de la libertad y el emprendimiento empresarial sin cortapisas, propuestas que, a fuerza de insistir, y reforzadas por el peso de la realidad, vienen siendo acogidas en diversos países.

Asimismo, en el libro se explica al gran público el *complejo de*

Fourier, mal psicológico descrito por un venerable economista austriaco, Ludwig von Mises, el cual aqueja a las izquierdas latinoamericanas y europeas por igual –configurando un rarísimo caso de igualitarismo psiquiátrico, donde el denominador común está representado por un “sueño [que] es... un escape a anhelos reprimidos...”– y que consiste en descargar en el otro –la burguesía, el imperialismo, el neoliberalismo hambreador y genocida– sus amargas frustraciones, bajo la coartada de “reivindicaciones sociales”, en una “providencial transferencia de la culpa”, como destacan los autores.

Resolver este mal latinoamericano es una tarea pendiente si se quiere alcanzar realmente el desarrollo para la región, y que las reformas no queden simplemente en modernizaciones cosméticas, tragedia que ha ocurrido en el pasado, también analizada escrupulosamente en *El regreso del idiota*.

Finalmente, en su último capítulo, este libro quiebra uno de los mitos que más ha vendido la izquierda en ambos lados del Atlántico: el monopolio de la autoridad moral de sus intelectuales.

Cuando leemos la conspiración del silencio urdida contra Hayek, y su posterior vindicación; la odisea de Popper, huyendo del totalitarismo nazi, lo mismo que Ayn Rand y su dramático escape del comunismo emergente en su Rusia natal; o, los insultos proferidos contra Carlos Rangel, tenemos la certeza que hay una historia paralela, de heroísmo y compromiso, de sacrificio y virtud, en los intelectuales liberales, que debe ser escrita.

Estimo que el homenaje rendido a esos paladines en este libro sea el punto de partida para contarla. Ése es mi deseo y mi esperanza.

Santiago de Surco, 11 de mayo de 2007

SOBRE UNA ILUMINADA TENTACIÓN

Hay libros para ser admirados, para ser detestados y, por último, para ser olvidados. Pero también hay libros raros, no por ser incunables o ediciones príncipes, vívidos objetos de la ambición proterva de coleccionistas y bibliófilos mercenarios, como Lucas Corso, el personaje del *Club Dumas*²⁸. No; éstos lo son por su carácter inclasificable, mitad novela, mitad libro epistolar, quizás un ensayo largo disfrazado de ficción.

En esas obras rarísimas, su contenido, antes que suscitarnos admiración o rechazo, nos ofrece respuestas a preguntas muy íntimas, esas interrogaciones secretas como pasiones inconfesables a las que nadie tiene acceso, ni siquiera la razón de nuestro arrobamiento. Ésa es *La tentación infinita*. Ése es el texto que nos ofrece hoy Raúl Mendoza Cánepa.

Abogado, investigador, analista político y apasionado defensor del liberalismo, Mendoza es ante todo un hombre de su tiempo: múltiples ocupaciones, ideas claras sobre el porvenir de su sociedad, en su complejidad aparece, por sorpresa, como el inesperado golpe de un boxeador o el pasadizo, tenebroso y salvador al mismo tiempo de los castillos medievales, esta obra, que nos revela lo mejor de él.

En efecto, ante *La tentación infinita* el lector es invadido por los personajes, históricos e imaginarios, que el escritor le pone por delante y que van conquistándolo. Puertas y compartimientos, atajos y grandes espacios se suceden, como quien visita una ciudad dulcemente añorada. En sus seis capítulos el afán por el buen vivir y la necesidad de contar esta actitud al lector –como al hijo a quien está dirigida la obra– constituyen su expresión más sólida, su carta de presentación más incontrovertible que hace imprescindible su lectura.

Así es: del mismo modo que *Cartas a un joven novelista* de Mario Vargas Llosa²⁹, o *Cartas a su hijo* de Philip Dormer Stanhope, cuarto conde de Chesterfield³⁰, Mendoza, con desenvoltura, *savoir-faire* e ingenio, reúne el amor paterno y la vocación perseverante del preceptor con la pasión de contar; o, más precisamente, con la de entablar una espléndida conversación, siguiendo a partir de ella la mejor tradición de la novela epistolar de los grandes narradores románticos. Eso le añade una virtud todavía más importante a su libro, que lo hace único en el Perú y, por tanto, muy valioso: es un libro que conversa, que se deja escuchar pero que también escucha.

Apresurémonos a indicar también que, a diferencia del lord inglés –prototipo por excelencia del gran señor dieciochesco: aristócrata magnífico así como pésimo padre de familia– cuya clásica obra hemos citado, amigo del libertinaje, lo mismo que de Swift y de Voltaire, en Mendoza casan bien el ejemplo del amor paterno, la vocación de hombre de mundo, con la maestría del buen escritor.

De este modo, como hemos dicho –y su autor nos invoca– *La tentación infinita* es más que una novela: es una reivindicación de los sentidos y de la vida misma. Nos lleva de una experiencia histórica a otra, a prisa y sin pausas, para persuadirnos sobre los valores fundamentales que radican en las cosas por sí mismas: la libertad, la valentía, el gusto por vivir.

Y así como Ayn Rand –extraordinaria defensora de las ideas de la libertad, lo mismo que nuestro autor– en su *Rebelión de Atlas*³¹, Mendoza envuelve en su novela una filosofía individualista, libertaria, pri-

mordialmente vital, cuyo rasgo central es la opción por las emociones, por el descarte de la razón.

Para nuestro autor –en un rasgo que compartimos y, por tanto, aplaudimos– la emoción es el placer y la inconsciencia del instante, eso es la vida verdadera según lo que éste nos propone. Pues el resto no es más que un engaño, una ilusión que nos cautiva y que finalmente nos pierde.

En ese orden de cosas – como si todas estas virtudes de *La tentación infinita* no fueran suficientes– esta novela es también un severo llamado de atención a los narradores actuales, los *realistas sucios*, incondicionales de Charles Bukowski³², a quien leyeron tan mal como siguieron. En muchos de sus párrafos, el personaje principal de nuestro novelista invoca a la belleza de la literatura por sí misma –el máximo ideal borgeano– rechazando el realismo chato y la grisura del texto.

Si, como el autor advierte: “Por alguna razón, el mundo no tolera a los que se deleitan”, la razón que me permito ofrecer no es otra que la del complejo y *foureriano* resentimiento que atenaza a nuestros escritores suciamente realistas: la envidia. Negados al disfrute en todas sus manifestaciones, creen –como los inquisidores– encontrar en el dolor, la sangre y la mugre, la verdad y la expiación a los pecados ajenos, para igualarlos con la mediocridad de los propios.

Frente a esa oscuridad, Raúl Mendoza nos ilumina en cada página de su novela. Esta e infinita tentación nos dice, sobre todo, que la paternidad es la mayor y más vital aventura. Frente a la certeza que continuaremos en nuestros hijos, el mayor obsequio que podemos brindarles es ayudarlos en su ruta vital con un irredimible gusto por vivir. “Que cada día sea una excelsa obra de arte”, nos dice. Que así sea.

Santiago de Surco, 6 de julio del 2007

CUBA EN MI CORAZÓN

Heredé de mis padres el amor por Cuba y su revolución. Como la mayor parte de mi generación, nacimos fascinados por la gesta de Fidel, *Che* Guevara y Camilo Cienfuegos. Con el paso del tiempo, esas figuras heroicas y románticas fueron cediendo el paso a espectros de pesadilla, debido a las sucesivas informaciones acerca de la escasez y la miseria en que vivían los cubanos, así como por los padecimientos de los presos políticos y los disidentes en la Isla. Por ello ese amor fue arribando, primero, al desengaño; luego, a una rebeldía sin concesiones.

Sin embargo, a pesar de esa pátina tenebrosa, ha pugnado por mantener su heroicidad, vigente hoy en amigos y conocidos, para quienes los hondazos del David caribeño todavía impresionan y conmueven. De esta suerte, decidí pasar unos días en Cuba, para comprobar en carne propia si la Isla era, como creyeron mis padres, el paraíso en la tierra, cuyas gentes –hombres y mujeres nuevos– estaban todas entregadas a la alta causa del socialismo.

Lo que hallé en Cuba superó mis peores expectativas. Cuba es, en primer término, un Estado opresivamente policiaco, tan vasto que es una ironía común decir que, de once millones de cubanos, nueve son policías. Su peor consecuencia es que los isleños se hallan en una prisión mental, en la que no pueden expresar lo que verdaderamente piensan, al punto que nadie, ni ellos mismos, saben lo que verdaderamente anida en su interior.

De esta manera, si un extranjero conversa un tiempo largo con un cubano, observará que se han vuelto una contradicción en términos: alaban y critican al régimen al mismo tiempo. No menos grave, este sistema de delación permanente ha destrozado la confianza entre sus semejantes, un atributo elemental en cualquier sociedad con mayores márgenes de libertad; es decir, en todas las demás. La cubana debe ser la única colectividad de occidente donde la primera idea que viene a la mente cuando se conversa con otro es la sospecha.

Esa opresión y esa destrucción se reflejan bien en su capital. Antaño ciudad de esplendores, de legendaria belleza, La Habana es hoy una ciudad bombardeada. Lo que va quedando de sus hermosos edificios es presa de los estragos del tiempo, de los derrumbes, de la falta de mantenimiento, pero sobre todo de la indolencia de sus gobernantes, quienes la abandonaron, primero, a la convicción revolucionaria, y luego, a la mera supervivencia en el poder.

Estos estragos también los viven a diario los cubanos, sobre todo las mujeres y los jóvenes, a merced de los apetitos de los turistas. Si bien en los últimos tiempos la prostitución en Cuba es un tema tan ampliamente descrito como silenciado por los compañeros de ruta de la revolución –entre ellos, las feministas– el sistema de hospedajes particulares ha hecho ingresar a las casas y al interior de las familias a la profesión más antigua del mundo, donde los turistas llevan a cabo, al costado de las habitaciones de padres, hermanos e hijas, acciones que serían penadas legal y socialmente en sus propios países.

De esta manera, en tanto se sientan marxistas exóticos o guerrilleros de caricatura –la idea es fumar un puro y sentirse como el *Che* Guevara– los turistas son, en su gran mayoría, absolutamente indiferentes a la trágica suerte de este pueblo.

Es de observar que hay en Cuba tres economías: la turística capitalista; la formal, centralmente planificada; y, la economía marginal o informal, de mera supervivencia, y que es la que en verdad sostiene la vida cotidiana del cubano promedio. La primera de ellas es inaccesible para

la mayoría de los cubanos, quienes son discriminados en sus playas e incluso en las propias calles de su ciudad, a las que tienen prohibido acudir. La economía planificada, añade a su perversidad característica de escasez y desabastecimiento generalizado, la de hacer subir primero los salarios y luego los precios de los productos, y de cobrar por servicios antes gratuitos –un triunfo de la revolución– como el agua potable.

Por último, en las puertas de sus casas, los cubanos venden desde pasta de dientes hasta aparatos de aire acondicionado, con instalación incluida. Sabido es que la economía informal tiene una cara sucia: la de la corrupción. Los servicios médicos por ejemplo, supuestamente gratuitos, tienen un precio si se quiere una atención rápida. De este modo, el paraíso socialista está cercado, incluso en las mismas calles de La Habana o de Matanzas.

Me pregunto ¿Por esto lucharon mis padres y tantos otros en América Latina y diversas partes del mundo? ¿Para que los cubanos tengan prohibido comer pescado, langostas y carne de res –productos exclusivos para los turistas– caminar por su propio país, no tengan un techo que los ampare de los aguaceros y que, siendo un pueblo educado, con conocimiento pleno de varios idiomas, deban degradarse con la prostitución, la mendicidad turística y la venta negra de sus productos?

El hecho cierto es que, como en una triste justicia de la historia –a la que ha aludido sin cesar el Comandante en Jefe– él es ahora el Fulgencio Batista que combatió cuando joven, una siniestra copia que ha hecho palidecer al original a extremos inimaginables, y que lleva más de un año sin aparecer –durante su natalicio, otrora fecha de celebraciones y marchas, la Plaza de la Revolución lució desamparada y vacía, y la dictadura tuvo que extender un día más los carnavales, acaso los más tristes de La Habana, según todos–.

¿Eso es lo que llamamos heroísmo, y que debe justificar todos estos abusos? Si algo quedó del legado de la admiración paterna, es que ningún acto heroico, sin importar su dimensión, debería tener el costo de acabar con el bienestar de un pueblo, justamente al mismo que se dice va a beneficiar o inspirar con su ejemplo.

Hoy son otros los que quieren llevar el bienestar indispensable al pueblo cubano, que tanto lo necesita, y librarlo por fin de la tiranía que lo acosa, que se repite a sí misma con frenesí durante casi un siglo. Disidentes, presos, líderes que intentan inculcar por lo menos un sistema de valores elementales que enfrente el burdo comportamiento reflejo que se ha esforzado en imprimir en los cubanos el régimen dictatorial que padecen.

Ellos no son calco ni copia, sino una creación heroica, auténtica y sacrificada, porque lo tienen todo en contra. Por eso debemos apoyarlos. Así, con ellos está mi corazón, pues se ha quedado en Cuba, a su lado. También anida allí mi esperanza por verla libre, próspera, con bienestar y con justicia. Ése es el sueño incommovible, el que no cesa de iluminarnos pese a la tiniebla autoritaria que quiere resistirse al tiempo o al cambio de estación. Lo que ella no sabe es que, como el aguacero, caerá inevitablemente. Y esta vez lo veremos.

Santiago de Surco, 19 de agosto de 2007

LA LIBERTAD POÉTICA Y SUS ENEMIGOS

La inclusión de los poemas de Rosella Di Paolo en el libro *Memorias in santas: antología de poesía escrita por mujeres sobre la violencia política*, ha sido cuestionada por poetas y críticos literarios con el mismo argumento: esos textos no son atingentes para la antología citada, ni se puede inferir de ellos que traten el tema de la obra. ¿En qué verso de estos textos, sostienen, hay alguna alusión, por lo menos implícita, a la violencia política? Concluyen su argumento señalando que resulta imposible descubrir en ellos una referencia reconocible, aunque sea velada, al tema en cuestión.

Este argumento no resiste el menor análisis. Si se realiza una lectura detenida de ambos textos, se verá que, en el primero de ellos, “No hay retorno”, se alude de modo sublime a los secuestros y desapariciones ocurridos en ese infausto período de nuestra historia: *Pero los mapas desplegaron su canto de sirena / y te llevaron de aquí con fuerte encantamiento.*

A renglón seguido, se observa —en forma sutil, es verdad— la desesperación de los familiares de los desaparecidos, que son también víctimas: *Te esperaron muros blancos puertas / sin conocer aldaba alguna / la vereda se tendía esperando tus pasos / para saltar sobre ellos festejante, para lle-*

gar a esa situación, de resignación y acongojamiento, tan nuestro, de no encontrarlos nunca: *Pero de la niebla leve como un navío / no descendió tu cabeza solitaria / nunca tus manos solitarias*, y al que la poeta brinda su sentida solidaridad, tanto en el inicio como el final del texto: *Río de pena soy tu mar de cobijo / Río de pena soy tu mar de distancia*.

En “Las altas distancias” se alude, con metáforas espléndidas, a la razón fundamental de la violencia política en el Perú: la fractura social que ha aislado y enfrentado a los peruanos, y que nos ha hecho incapaces de asumimos, como mestizos que somos, con las terribles consecuencias que vivimos y que conocemos.

Así, en una apuesta genial, Di Paolo subraya esta ruptura: *Si yo escribo tu nombre en la arena / y tú escribes mi nombre en la arena / pero en otra playa*, para dar cuenta a continuación de las fuerzas de la naturaleza que irán contra nosotros por ello, cuando dice: *es que hemos descuidado las cosas / hemos dejado crecer el mar como hierba mala*, y, por último, culminar en forma breve pero poderosa con la tarea pendiente: reconocernos en el otro, en el excluido, en el marginado, en el pobre, en la víctima.

Eso supone conocerlo, saber su nombre, el de sus padres, su ascendencia, sus sueños. Se trata, nos dice Di Paolo, de ser uno con él y hacer nuestra su tragedia, pero también su salvación, que es la nuestra: *y habrá que arrancarlo con cuidado / hasta allanar la arena de esa playa / donde puedas escribir mi nombre y rozar el dedo / que está escribiendo el tuyo despacito*.

En sus desafortunados comentarios, estos escritores y críticos, como los ciegos por propia voluntad de la cita bíblica, no han querido ver la delicada estructura que Di Paolo ha construido sobre un tema tan trágico y a la vez tan propio, y objetan desde el inicio la visión que la poeta nos quiere brindar sobre este controversial asunto.

Y no lo hacen por razones literarias, o –como dos de ellos aluden– por defender los derechos de los lectores o la memoria de los desaparecidos. Lo hacen por razones estrictamente ideológicas, pues –y esto no

es un secreto para nadie– los mentados autores tienen una posición de izquierdas. Veamos.

El marxismo–leninismo ha propugnado, como principio, que el arte, como todas las actividades superiores, pertenece a la “superestructura” cultural y está determinado por los condicionamientos sociohistóricos. En ese sentido, el arte, para los marxistas–leninistas, es un “reflejo de la realidad social”. De esta manera, los que han cuestionado los poemas de Di Paolo por no contener nada referente a la violencia política, son ortodoxos seguidores de Georgi Plekhanov y su estética materialista dialéctica –elaborada en su *Arte y vida social*– que impugna la doctrina del arte por el arte y el aislamiento del artista de la sociedad, tanto en la teoría como en la práctica.

Huelga decir que el debate que esta postura originó entre los propios marxistas se solucionó, como siempre lo han hecho los seguidores de esta doctrina, por una decisión vertical y nada respetuosa de opinión distinta de sus mismos correligionarios, de la nomenclatura de entonces, en el Primer Congreso General de la Asociación de Escritores Soviéticos, en 1934.

De lo antes dicho, para estos autores, una antología que trate el tema de la violencia política –o cualquier antología o escrito, en realidad– debe ajustarse al siguiente canon: el artista ha de reflejar el movimiento de las fuerzas sociales y representar sus metáforas y creaciones como expresión de esas fuerzas, y, al hacerlo, debe fomentar el mismo proceso revolucionario. El que no se ajuste, sufre las críticas, como ahora. Cuando el defensor del canon es respaldado por el poder, el artista o creador disidente sufre la persecución, la cárcel o la muerte, como bien nos lo ha enseñado la historia.

Por supuesto, es dable conjeturar, dada la peculiar trayectoria de estos literatos y críticos –que tan bien se ajusta al perfil de fingimiento y barroquismo moral descrito por Mario Vargas Llosa en “El intelectual barato”, capítulo XIV de sus memorias– que las críticas vertidas contra Di Paolo y la antología se deban a razones personales y extraliterarias,

siendo la postura estética de izquierdas antes descrita una coartada para ocultar otros propósitos, menudos y subalternos. Empero, respetuosos de la honestidad intelectual que debe guiar a todo escritor como principio, concedámosles el beneficio de la duda.

En buena cuenta, se trata de enemigos de la libertad poética. Mastines del verticalismo estético, nada que se encuentra fuera del canon por ellos mismos señalado puede ser llamado “literatura de la violencia política”. No dudan, por tal circunstancia, en cuestionar a sus propios compañeros de viaje, y en amonestar el criterio de selección de los autores de la antología, que son también de izquierdas.

Esperar que una antología poética sobre la guerra total desatada por el Partido Comunista contra todos los peruanos que no comulgáramos con sus ideas, y sus nefastas consecuencias, sea la sucesión de textos parecidos a los publicados por Roque Dalton, Eduardo Galeano y Ernesto Cardenal, constituye una afrenta al buen criterio y al sentido común de cualquiera que se denomine poeta o artista. Más aún, representa la muerte del valor máspreciado para un creador: su libertad. Ésta no debe estar sujeta, en lo que a este escriba concierne, a canon alguno. Si la inteligencia y sagacidad de los compiladores ha encontrado en los textos de Rosella Di Paolo una visión sutil, pero no por ello veraz, oportuna y legítima, de la violencia política, los felicito.

Los enemigos de la libertad poética pasan deliberadamente por alto lo ocurrido en la Alemania nacionalsocialista, en la Rusia soviética, en la China maoísta o en la Cuba castrista, con tantos poetas, literatos, creadores y artistas muertos, encarcelados, expropiados, exiliados, destruidos ellos y sus obras, o convertidos finalmente en sombras de sí mismos, porque no se ajustaron al canon del artista social.

En la comodidad del primer mundo, donde viven y gozan de las libertades creativas que a Di Paolo y a otros niegan, de tener su propia visión sobre un hecho apocalíptico de nuestra historia, ciegos a todo, menos a su propia tenebrosidad, intentan revivir desde la cultura a un monstruo que, como Saturno a sus hijos, también los devorará a ellos.

Para su propio bienestar, todos los que defendemos la libertad poética y artística, lo impediremos.

Santiago de Surco, 20 de septiembre de 2007

CONFERENCIAS

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

Cuaderno de luciérnagas

Es realmente un placer y un privilegio para mí participar en la presentación de este magnífico libro de poesía de Alex Alejandro Vargas, *Cuaderno de Luciérnagas* que el perseverante Harold Alva ha publicado en su Colección “El malhechor exhausto”.

En su conocida “Advertencia a la primera edición” de *Las peras del olmo* reconocía Octavio Paz que “el hombre es el olmo que da siempre peras increíbles”. Éste es el caso de Alex Alejandro Vargas.

Hijo de su época, caracterizada por su entorno febril, ávida de información, de velocidad, de nuevas perspectivas presentadas por la informática y la capacidad de comunicarnos en tiempo real o, en lo que nos concierne, de promover el deleite de un poema amoroso por medio de un ordenador, *Cuaderno de Luciérnagas* de Alex Alejandro Vargas ha recuperado para nosotros al poeta que conversa, que dialoga, seduce o increpa a la mujer objeto de su desvelo incesante, de su pasión tensada, de su melancolía sin remordimientos.

Curiosa e interesante poesía la de los jóvenes de este siglo. Aparecen afantasmados en sus arrebatos amorosos, cual dos amantes que se

ven e intentan tocarse, incluso vivir juntos a través de una ventana o una feble cortina que los separa. Nunca tan unidos estando separados. Así, dice el poeta, “tu mano menguante eleva números en mi cielo sin estrellas”, en *Mundo interior*; y agrega a nuestra tesis que, “no tenemos sentidos pero nos tenemos mutuamente”, en *Identidades*; para decir también, que “el sonido que te traslada consulta las manos de un poeta que intenta recordarte”, en *Valijas*.

Por otra parte, colocado a prudente distancia tanto de la pulsión erótica, genital y expuesta de *Monte de Goce* o *Angelus Novus*, en la que Verástegui daba un paso en las sombras chinescas proyectadas por Sade y sus *120 Jornadas de Sodoma*, como del irónico salto al vacío de Cisneros, en su *Como higuera en un campo de golf*, o en sus poemas *Es difícil hacer el amor pero se aprende*, o *Cuatro boleros marroqueros*, Alex Alejandro Vargas conmueve sin efectismos, como lo hacen los poemas de Eguren o los de Martín Adán.

Como en el poema *Palabras*, donde nos dice, “Las palabras son trazos ebrios sobre tu cuerpo de mármol”, y que representa a nuestro juicio, por su brevedad y contundencia, el preludeo del acto amoroso, en el cual el poeta nos deja a renglón seguido sin más amparo que con nuestra imaginación, también desnuda.

A su vez, el poeta somete a su lector a una declaración de amor contenida, minuciosa en su artificio, como el trabajo de un entomólogo o un filatelista. “Tú eres una rosa encerrada en una caja de fósforos”, advierte en *Las espadas*. “Tu nombre muere en mi boca como una flor en los colores de la tarde”, en *Dos luces*. “Mi mundo es un aforismo delicadamente construido en el ápice de un imperdible”, revela en *Lápices y existencia*. “Alimento a tus criaturas creadas por el miedo de no despertar algún día”, aduce en *Pentámeros*.

Tributario, como los poetas de su generación, del *manga* japonés y sus historias de pasiones construidas, no por los sentidos, sino por el silencio y la intensidad, Alex Alejandro se entrega al texto que hoy nos presenta con la confianza del clavadista: pura imaginación, nervio,

fuerza, y al mismo tiempo con el corazón sobrecogido por los segundos que median entre el aire y el agua, que duran en ambos casos una eternidad, donde, como el poeta ha escrito, “el tiempo se detiene mientras sus hojas caen como cerezos sobre tu rostro de arena”.

En ciertos momentos, no obstante, deja el poeta a la mujer que enhebra sus textos y medita sobre sus obsesiones, como en *Los pardos*. “Los pardos dejaron sus vestidos con los que dormían sobre los libros”, y en donde observamos, como en una nota a pie de página, o una caja china, un guiño sutil a los demonios vargasllosianos. Otra vez, en el ya citado *Lápices y existencia*, donde nos da cuenta que “Mis fantasmas asesinos me asedian cuando pienso que no existo”. Y, finalmente, en *Juegos*, donde en su extremo reclama: “Juego en la noche: mido la extensión de sus luces”.

Quiero dejar para el final justamente su último poema, *Al final del camino*. A primera vista, una impresión lega nos puede señalar que se trata de un cuento y no de un poema. Mas no es verdad. Los poetas arremetemos con nuestros textos legiones en las cada vez menos cerradas y defendidas fronteras que separan la narrativa de la poesía, y acometemos con ellos, con versos largos como alabardas, narrando un encuentro, una reflexión, una pasión perdida, o, como en el caso de Alex Alejandro Vargas, todo ello y algunas cosas más.

Lo digo enfáticamente porque también me siento partícipe de este tipo de texto, de este híbrido fascinante como las quimeras a las que Alex menciona en varios de sus poemas. Aquí el amor ha terminado. Como ha escrito el divino Octavio, el amor “es lo que fue, y lo que fue está muerto”. En medio de esa desolada incertidumbre, el poeta nos lleva por ese callejón sin salida que es la melancolía, que es para muchos la soledad de los domingos por la tarde, en un cuarto pequeño o en un espacio abierto.

Ya no hay qué decir, porque no hay palabras qué pronunciar: todo se resuelve en una mirada intensa, en un recuerdo que asciende como una fiebre, en un amor perdido pero encontrado tras décadas de dolorosa búsqueda, para ya no quererlo más, porque es mejor quedarse con el recuerdo, menos

doliente que la insufrible realidad. Así, como dice el poeta, esa pasión intensa pero contenida, imaginada en el recuerdo antes que plasmada en el texto, es “como un tatuaje sobre nuestra piel de tigres”.

Alabo pues la salida de este intenso libro de poemas, y me congratulo con su autor.

Miraflores, 14 de julio de 2005

MECANISMOS DE PARTICIPACIÓN: BALANCE Y PERSPECTIVAS

Estoy profundamente agradecido a Arturo Cuba y al Instituto Político de la Libertad por haberme invitado a dictar esta conferencia sobre los mecanismos de la participación, su balance y perspectivas. Quisiera concentrarme en la participación de los jóvenes en el Perú.

Empezaré señalando que uno de los más influyentes ideólogos e intelectuales peruanos, Manuel González Prada, cerró uno de sus famosos discursos con la siguiente cita: “no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y sus frutas de sabor amargo. ¡Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas y frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!”.

La última frase se ha convertido ya en un lugar común cuando se demanda de los jóvenes una activa participación en la vida nacional. Si ocurre lo contrario, una lectura superficial lleva a decir a muchos que los jóvenes peruanos son apáticos porque no quieren participar en nada ligado a la cosa pública. No quieren hacer “la obra” que la nación les demanda. La verdad –a mi juicio– es otra. En realidad los jóvenes no quieren participar en una actividad corrupta, enrarecida, dominada por la mentira, el doble lenguaje y la mediocridad más exquisita.

Y hacen bien. Nadie querría involucrarse en un ejercicio que suponga la pérdida de sus valores, que exponga sus secretos apetitos o vivencias para usarlos como un arma contra ellos, y que en general los ensucie y pervierta, sobre todo si esas convocatorias y ese estilo de participación política fueron una novedad en las comunas parisinas del siglo XIX, y continuarlas hoy es como si pretendiésemos presentar una carroza de caballos como si fuera el último adelanto de la automovilística mundial.

En tal sentido, debemos tener en claro que no podemos seguir usando los viejos procedimientos y mecanismos de participación política. Los largos discursos de Perón, Haya de la Torre o Velasco Ibarra ya no llaman la atención de ningún joven.

Por otra parte, el *Che* Guevara es más un souvenir y un modelo de vestir que un modelo de comportamiento, como la película “Diarios de Motocicleta” ha demostrado. Asimismo, los líderes actuales son de la generación pre-computadoras personales y pre-Internet. Escuchaban música en discos de acetato mientras que ahora esto se hace en un CD o en un MP3. El play station y el manga japonés son para ellos algo aberrante.

La pregunta se cae de madura: ¿tienen esos líderes algo que decirles a los jóvenes? Estimo que la respuesta también. Entonces, si los referentes ideológicos y los modos de comunicarlos han cambiado radicalmente, la convocatoria a una participación en su sentido más amplio también debe cambiar.

De hecho, el referente ideológico de los adultos, que tenían 18 años en el primer año del gobierno militar de Juan Velasco Alvarado, es que el Estado lo resolvía todo. Algo de ese referente se ha transmitido a los actuales jóvenes, y a mi propia generación, pues de lo contrario no habríamos visto a los “hombres araña” de la UNI y a los quema llantas de mi universidad, la UNMSM.

De todo esto queda claro que los jóvenes tienen que inventarse, lo mismo que los integrantes de mi generación, un referente ideológico,

una forma de hacer política, participar en ella y comunicarla. Como somos un país sin padres y sin referentes ideológicos, debido a que unos y otros han caído en el descrédito, no tenemos otra salida –insisto– que inventarnos nuestros propios mecanismos de participación.

Si no lo hacemos, nos seguirá pesando como una lápida esa frase de Manuel González Prada, que nos dice que los peruanos “mereceríamos llamarnos un campamento de beduinos, una feria de gitanos o una ranchería de pieles rojas”.

Y es que el vacío de referentes, la ausencia de padres y de guías, decanta en la evasión y en la búsqueda del placer para aliviar o compensar esas carencias. Que la participación en la cosa pública peruana sea sucia, mediocre y corrupta no debe ser la coartada perfecta para el abatimiento y el inmovilismo. Por el contrario, es la oportunidad extraordinaria para hacer algo completamente nuevo.

Por esa razón, el referente ideológico y cultural que les propongo es el de la libertad. La libertad es completamente nueva en el Perú de hoy. No existe. No sólo porque ahora no hay organizaciones civiles ni sociales que se adhieran a la libertad, sino porque es un pensamiento que está a contracorriente de los que predominan actualmente, dado que son todos defensores del status quo imperante.

Crear en la libertad, esto es, ser un liberal, quiere decir ser auténtico, dueño de sí mismo, honesto contigo mismo y responsable de tus actos. Ser liberal significa tener una posición clara ante la vida y la historia. Para ello debemos liberarnos de nuestros propios prejuicios y temores. Por tanto, el primer cambio que tenemos que hacer, si queremos luego decidir si queremos o no cambiar el país, es un cambio interior.

En ese orden de ideas, debemos libertar nuestras mentes de los discriminatorios prejuicios, abrimos a la reflexión profunda y marcar distancia de aquellos y aquellas que se caracterizan por su frivolidad, poca seriedad, falta de hondura y su cinismo ético.

Acotemos que es urgencia de los jóvenes conquistar su espacio en todo terreno, el de la economía, el arte o el intelecto, y que ése es justamente el mensaje que el liberalismo proyecta de manera contundente.

Desde una perspectiva auténticamente liberal, hemos de indignarnos contra quienes proclaman la ausencia de la acción, disfrazando esa cobardía con las coartadas de la no-participación; y, también contra quienes adoptan la actitud mendicante al pretender recibir educación, cultura y otras tantas cosas del Estado.

La mejor forma de participar, desde la libertad, es la de superar la mediocridad que nos asfixia. Siempre se puede ser mejores. Les diría que incluso la carencia de algunas o muchas condiciones materiales se convierte, a veces, en una mera excusa para no superarse, cuando al contrario se deben considerar como los principales alicientes del progreso personal.

Ejemplos hay, y son innumerables: Van Gogh o Mozart no tuvieron nunca las condiciones materiales para ser los mejores en la pintura o la música. Sin embargo, lo fueron. Ronaldo no nació millonario, sino que empezó jugando en una favela, o Bill Gates, que inició Microsoft en el garaje de su casa. Los inventores de Yahoo! y de Google empezaron prácticamente desde cero. ¿Qué esperamos nosotros?

El objetivo del pensamiento de la libertad es el de generar un medio ambiente favorable al desarrollo personal, que es, en verdad, lo único que importa. Como hemos visto a lo largo del siglo XX, los llamados “desarrollos colectivos” eran en realidad meras entelequias para mantener sin cambios las mismas condiciones de poder y de dominación sobre los demás.

Para probar esto, vemos cómo los latinoamericanos cumplen las normas, pagan sus impuestos y respetan el tránsito en otros países, tan distintos entre ellos como Estados Unidos, España o Japón. Y son los mismos de siempre. A algunos los conocemos. ¿Qué ha cambiado? ¿Ellos o el ambiente en el que viven y trabajan? ¿No sería una tarea digna de

mérito crear ese ambiente en nuestro propio país? ¿No sería la más interesante aventura transformar esa mediocridad en una cultura de calidad y de éxito personal?

Si lo que queremos es participar, hagámoslo junto a todo aquel que lucha por su propiedad, que inicia un negocio o emprendimiento, y que se gana la vida con su solo sacrificio. Esto por que el liberalismo es, para decirlo en una sola frase, la filosofía de las personas hechas a sí mismas. El liberalismo busca que ustedes sean libres, lo que quiere decir, finalmente, que ustedes sean responsables.

Esto último significa cortar de una vez y para siempre con el triste destino de ser un país cuyos hijos nacen sin padres, que hacen culpables a otros de su propia pobreza, que responsabilizan a los demás de sus equivocaciones y desatinos. Hagámoslo ahora y seremos prósperos. Sigamos inmóviles y la pobreza y la mediocridad seguirán campeando. Para ello debemos decidir si participamos o no. La elección es de cada uno de nosotros.

Lima, 5 de octubre de 2005

PROCESOS DE PARTICIPACIÓN DE LOS DIFERENTES ACTORES SOCIALES

Una visión desde el Liberalismo

He sido invitado a conversar y debatir sobre los “procesos de participación en los diferentes actores sociales” a fin de darles un punto de vista al respecto desde las tesis del liberalismo. Dado que el tema es muy amplio y general, quisiera centrarme en los jóvenes y su participación en la vida cívica de nuestros días, y sobre qué debemos tener en consideración para que dicha participación exista y se realice en términos concretos y, sobre todo, eficaces.

Sin más, entremos en materia. Los jóvenes de hoy ¿participan en la vida pública en nuestro país? ¿participan en algo en general? La respuesta es negativa y, en la mayor parte de los casos, desoladora.

Algunos dicen que no lo hacen porque son cínicos y pagados de sí mismos. Ésta es una primera lectura. Otros dicen que no lo hacen porque son individualistas. Ésta es una segunda lectura. Otro más dicen que no lo hacen porque no hay un líder ni una idea que los inspire a participar. Ésta es una tercera lectura. Podríamos agregar muchas otras.

Lo curioso es que cada una de estas lecturas es parcialmente correcta. Es verdad que los jóvenes son cínicos y pagados de sí mismos. Los jóvenes no son distintos a los demás seres humanos: odian, envidian, celan, mienten, son perversos y viles del mismo modo que son bien intencionados, generosos, esforzados, dedicados, capaces de hacer cosas extraordinarias y de querer hacer lo correcto para sí y sus semejantes.

De entrada, no pensamos así. Por el contrario, tenemos una visión ingenua que hace a ciertos seres humanos titulares de todas las virtudes y, a otros, de todos los vicios. Ése ha sido el moderno legado de la izquierda, que sostiene hasta hoy que sólo los que están de su lado son buenos, puros e incapaces de inclinarse hacia el mal. Todos los demás eran y son malos: anteayer burgueses, ayer imperialistas, hoy neoliberales.

Así, desde la izquierda, pensaron en su tiempo que los obreros eran una suerte de epítome de la humanidad. Cuando se dieron cuenta de su error, pensaron que eran así los campesinos. Se volvieron a equivocar. Pasó lo mismo con los pobres y desposeídos. Otra vez error. Ahora piensan que así son los jóvenes; “la reserva moral del país”, la llamaron en su momento.

El liberalismo tiene una impresión más humana, menos cargada de hueca elocuencia y más cercana a la realidad. Los moralistas ingleses del XVII y XVIII, adscritos en mayor o menor medida al liberalismo, como Hobbes, Hume, Shaftesbury, Locke y Smith –inspirados todos ellos en otro pensador, en este caso, el holandés Bernard de Mandeville– se dedicaron a estudiar la naturaleza humana. Su conclusión es inapelable: el hombre simplemente es. Siempre tiene una dosis de bien y de mal, pero estas dosis son distintas en cada ser humano.

Por eso estos pensadores eran, además de humanistas –esto es, respetuosos de la naturaleza humana– individualistas: consideraron que cada ser humano –joven, mujer, viejo, obrero, millonario– era único, extraordinario, e irrepetible y que su inclinación hacia el bien y el mal era y debía ser fruto de su propia decisión.

Por eso creían en la libertad, pues forzar a otro al bien –y a aceptar y cumplir la idea que uno tiene sobre el bien– es muestra patente de una gran arrogancia y es el germen del verdadero mal: el apetito por el poder, la vocación por coaccionar y dominar. Lo que en realidad dice es: tú eres un ignorante que no tienes idea de lo que quieres ni de tu bienestar, pero yo sí. Por eso te impongo, por eso te coacto, por eso abuso de ti.

Por el contrario lo que propone la perspectiva liberal es permitir e incentivar para que cada uno descubra su propia idea acerca del bien y de lo que es correcto, así como cada cual debe tener su propia idea de cómo contribuye mejor a su sociedad y de cómo participa en ella.

Este concepto es, a nuestro juicio, más humilde, legítimo y válido, y creemos que eso sólo se puede lograr a través de la libertad, que significa ausencia de coacción, y que se manifiesta en la libertad de pensar, la de querer, la de elegir, la de ser dueño de sí mismo y de su propio destino.

También se sostiene que los jóvenes no participan en la vida cívica nacional porque son individualistas. Decir esto es no conocer qué significa ser individualista. Para los individualistas, el ser humano individual es la medida de todas las cosas. Medio y fin en sí mismo, jamás medio ni fin para otros. Los individualistas consideramos que la persona humana es el máspreciado y más importante valor de nuestra sociedad.

Socialmente hablando, la minoría más pequeña del mundo es el individuo. Quienes niegan los derechos individuales no pueden, por esta causa, proclamarse como los defensores de las minorías. Finalmente, los liberales –que somos todos individualistas– pensamos que todo lo verdaderamente grandioso e inspirador, ha sido realizado por individuos que trabajaron en libertad, y que abrieron caminos nuevos, productos nuevos, armados sólo con su propia visión y su compromiso con ella.

Al día de hoy, es muy claro que los jóvenes en su mayoría no se identifican con el credo que acabo de describirles sucintamente. En realidad, no se identifican con ningún credo. No son totalmente indi-

vidualistas ni decididamente socialistas. Tienen un conjunto de ideas inconexas y contradictorias, intuiciones y lugares comunes a los que han contribuido una educación socialista y la realidad de un mercado pobre, intervenido y venido a menos como el latinoamericano.

Así las cosas, ¿con qué herramientas intelectuales van a participar, si lo que único que enhebrarán son esas ideas y lugares comunes inconexos? ¿En qué se diferencian de los adultos y ancianos que están provistos de esas mismas posiciones? Esos lugares comunes hacen que los jóvenes pidan, al mismo tiempo, más Estado y menos impuestos, como si se pudieran conseguir las dos cosas simultáneamente. Del mismo modo, critican al Estado, creyendo en el mismo renglón que el Estado es la solución para todo.

Ése doble estándar también se expresa en la participación. En el caso de los líderes jóvenes, cuando invocan permanentemente a sus pares a participar y comprometerse, son víctimas de ese doble rasero con que todos los líderes son evaluados. De este modo, cuando un joven participa en la vida pública nacional, recibe la indiferencia, cuando no el rechazo de la mayoría de los jóvenes.

La pregunta entonces es, ¿deben participar los jóvenes en esas condiciones de doble estándar ético?

Participarán si quieren hacerlo. La libertad supone en primer término, ausencia de coacción. En segundo lugar, libre elección. Por tanto ninguna coacción para participar se justifica. Si no, que no lo hagan. Pero hay un aspecto importante que debe ser considerado. La libertad tiene como contra partida la responsabilidad.

Para los liberales, no hay libertad sin responsabilidad. Si no quieres ser responsable del desenvolvimiento de la sociedad en la que vives, luego no tienes derecho a pedir explicaciones por acciones en las que no has intervenido y más bien has rechazado.

Y esa tara heredada de la izquierda, por la cual se puede ser libre

sin ser responsable, y que la responsabilidad no es propia ni individual, sino de un tercero –la burguesía, el imperialismo, las trasnacionales– es la causante de ese mal. Educados generación tras generación por los izquierdistas en el prurito que los demás son los responsables de nuestra pobreza y no nosotros mismos, sencillamente cosechamos las tempestades que nuestros vientos sembraron.

¿Porqué los jóvenes han de ser responsables si no se les ha educado en la responsabilidad, el esfuerzo, el sacrificio personal, que componen la libertad? Son lo que los adultos han querido que sean. Y ése es un tema por el cual los adultos en su totalidad –de derecha o de izquierda– tienen una responsabilidad que deben asumir.

Entonces, la tarea pendiente de los jóvenes es la de hacer suyos, el referente de la libertad con responsabilidad. Sólo nos hacen faltan líderes –jóvenes y no tan jóvenes– comprometidos y con actitud para expresar esa visión. Esa es la obra que evitará la tumba y el letargo de cada nación de nuestro continente. Hacia allá vamos, con confianza, y sobre todo, con esperanza.

Lima, 2 de diciembre de 2005

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

Cuerpo de pétalo

Es realmente un placer y un privilegio para mí participar en la presentación de este magnífico libro de poesía de Rocío Fuentes, *Cuerpo de Pétalo*, que el perseverante Harold Alva ha publicado en su editorial Zignos.

La belleza, ha escrito Marchán Fiz en *La estética en la cultura moderna*, queda separada con toda nitidez de la utilidad o la posesión. La recepción estética se abre atentamente a todas las impresiones que suscitan los objetos contemplados, se identifica con esa actitud vacante, de abandono, de dejarse mecer en la inmediatez de los estímulos sensibles.

Así como los clásicos contraponían el placer estético de la contemplación de un bosquecillo de árboles frutales al resultante de comer sus frutos, así Rocío Fuentes contrapone el gozo de la contemplación de la belleza humana y de sus circunstancias al deseo de su pasión amorosa.

En su *Investigación sobre el origen de nuestra idea de belleza*, el

pensador inglés Francis Hutcheson se esfuerza por determinar el placer estético frente al utilitario o egoísta, caracterizando la contemplación y el placer estéticos por su desinterés, por ser realizados en atención al objeto mismo, sin ninguna intención ulterior.

A mi juicio, Rocío Fuentes sigue en su *Cuerpo de Pétalo* la consideración de Hutcheson de la belleza como dimensión autónoma de la realidad, que cubre tanto el ámbito del arte, de la naturaleza, de las personas y de las relaciones entre las personas.

Nada es para nosotros más contemplativo y desinteresado que decir, como hace la poeta en su texto *Declaración de amor para liberar un canto*: “Te he visto nacer más de una vez / tejiendo estrellas / exponiendo y velando tu silueta / tu piel reluciente”.

Del mismo modo, en *Una conversación como cualquier otra en cualquier ciudad*, Fuentes nos invita a la beldad contemplativa, y se refiere a: “¿Qué? ¿Qué lo sería? / el revelar que eres un fruto despierto / ni la amante complacida / tampoco la mujer complaciente / sino el árbol / cuyo calor se desborda / esa textura, ese olor / que recorre todas las noches”.

Por otra parte, aturcidos como estamos por la poesía de género, la poesía urbano–marginal y los infinitos ismos que proclaman los manifiestos y debates en *blogs* y correos electrónicos, la discreta orfebrería de Rocío Fuentes nos invita a recordar que la belleza también es parte esencial de la literatura, y en particular del género príncipe.

Cuerpo de Pétalo, en su esencia, demuestra que la belleza es armonía, que es una propiedad de la realidad, y que, al mismo tiempo, es un sentimiento, es un estado de ánimo provocado por la contemplación de la cosa bella.

Lo bello en *Cuerpo de Pétalo* consiste, como ha escrito el crítico italiano Massimo Rossi en su *Estética del empirismo inglés*, “en el especial sentimiento causado por las cosas bellas, en el placer de con-

templarlas”. Sea ella misma, el objeto de su afecto, o las personas que componen su vida, Fuentes gira en torno a la belleza como las *prima ballerinas* antes de un gran salto.

Así, por ejemplo, Rocío Fuentes se describe a sí misma diciendo: “Nocturna Hada / tu sonrisa me abre los caminos. / Esta ciudad se vuelve bosque / y bailo para ti”. También, a quien ama: “¿Y Tú? / Pintando acuarelas a la Luna. / Recordando / la suave danza”; su propio hijo: “Conoces el idioma del Sol / la eterna risa”.

Finalmente, tócame decir, junto con Ortega y Gasset, quien señalaba que Dante creía que el amor mueve el sol y otras estrellas, que Rocío Fuentes ha tomado este consejo directamente en su poesía, y así transpira, plena en cuerpos celestes que se movilizan en cada verso. Por eso celebro este texto suyo, *Cuerpo de Pétalo*, y la invito a continuar en este oficio, que a diferencia de otros autores, sí nos gusta.

Miraflores, 21 de diciembre de 2005

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

Políticas liberales exitosas

Representa un singular privilegio para mí poder comentar este libro *Políticas liberales exitosas, soluciones pensando en la gente*, que nuestro distinguido invitado, Gustavo Lazzari, presente hoy entre nosotros, y Martín Simonetta, directivos ambos de la Fundación Atlas de Argentina, han llevado a cabo con su reconocida competencia y fervor por las ideas de la libertad, y que ha contado con el apoyo de la Fundación Friedrich Naumann y la Red Liberal de América Latina, de la que me honra ser Vicepresidente.

Conozco a Gustavo Lazzari desde hace tres años, en los diversos escenarios en los que la difusión del liberalismo nos ha hecho coincidir.

El privilegio al que he aludido tiene que ver con el hecho de ser justamente en nuestra patria, el Perú, donde puedo dar cuenta, por vez primera, pública y simultáneamente, de los talentos y virtudes de Gustavo, y del magnífico libro que ha editado.

En efecto, *Políticas liberales exitosas* hace un necesario recuento de todas las reformas que han conducido, de manera indudable, a una mayor prosperidad y bienestar material a miles de personas empobrecidas de nuestra América, así como de Asia y Europa.

Este libro nos ofrece una verdad irrefutable, inmensa como cualquiera de nuestras catedrales y basílicas: que economías más abiertas, encaminadas hacia el crecimiento, la transformación y el cambio permanente que ofrecen el comercio libre, la competencia creativa y abierta, y sostenidas en leyes e instituciones respetadas por todos, desde el más encumbrado hasta el más humilde de nuestros ciudadanos, mejora nuestra calidad de vida y la de nuestros hijos, y en general de personas concretas, de carne y hueso, y les permite alcanzar el progreso no como una dádiva sino como resultado de su capacidad, conocimiento y trabajo.

Así, el apego a la verdad que tiene Gustavo Lazzari, una de sus mayores virtudes, de la cual me honro en ser testigo de excepción, se plasma en este libro como la obra de un pintor en un lienzo en blanco.

De esta manera, *Políticas liberales exitosas* nos muestra, con meridiana claridad, cómo éramos en realidad muy pobres antes de que estas reformas se implementaran, y que la causa de esa pobreza y miseria sin fin eran justamente las políticas económicas erróneas que en nombre de los pobres se invocaban.

Sin embargo, hay que reconocer que, al menos en eso, tuvieron éxito: dichas políticas gustaban tanto de los pobres, que multiplicaron su número de miles a millones.

Del mismo modo, este libro nos muestra cabalmente nuestra frágil memoria. Hemos olvidado que, antes del proceso de reformas, conseguir un teléfono propio en nuestro país demoraba más de veinte años; que en treinta años en el Perú pasamos de tener una creciente cobertura de energía eléctrica en las principales ciudades del país, realizada por empresas privadas, a no tenerla en todo el territorio nacional, cuando su

provisión estaba en manos del Estado, y que en esos mismos años nuestra moneda, que estaba convirtiéndose, poco a poco, en una de las más sólidas del continente durante los años sesenta, dejó sostenidamente de serlo, escurriéndose como agua entre los dedos de los peruanos, hasta valer menos que el papel en que era impresa.

Los artículos brillantemente reunidos por Lazzari y Simonetta desenmascaran, del mismo modo, la falsedad de aquellos que sostienen que hoy, a causa de esas reformas, somos más pobres. Por el contrario, hoy somos mucho menos pobres de lo que fuimos gracias al estatismo.

Lo más trágico de todo esto es que no teníamos porqué tomar ese trago amargo. Pese a nuestras dificultades, hace cuarenta o treinta años, nuestros países, incluyendo al Perú, éramos más prósperos que Irlanda o Singapur, ejemplos citados en este libro.

Ahora tenemos que lidiar con la pobreza heredada y acumulada durante cuatro décadas de errores, competir con los países que, siendo más pobres que los nuestros en su momento, tomaron las decisiones correctas, encontrando los nichos de mercado más apropiados para sus economías, y enfrentar las urgencias de la actualidad, todo ello al mismo tiempo. En una palabra, ahora es más difícil.

Este libro también hace patente una advertencia: quien no aquilata sus errores vive condenado a repetirlos. Cada una de las medidas que desde los años setenta crearon empresas públicas, confiscaron los negocios privados, y sumergieron a nuestros países en la pobreza, fueron aplaudidas y respaldadas por un número significativo de nuestros compatriotas. Esas mismas medidas siguen siendo vitoreadas el día de hoy, incluso, por amigos, vecinos y personas que conocemos.

Ahora bien, que esto haya sido así y así continúe motivame a preguntarme ¿porqué, a pesar de lo exitosas que son estas políticas liberales, no tienen respaldo ciudadano o, cuando éste aparece, es débil y mediatizado?

Más allá de las consabidas respuestas respecto a que muchas de estas reformas se hicieron sin convicción, o fueron parciales, incompletas, y estuvieron seriamente comprometidas con actos de corrupción, el escaso apoyo que tales medidas han recibido se debe a que no ha habido, de parte de los liberales, el liderazgo suficiente para defender nuestras ideas en general, y en particular, aquello de provechoso y bienhechor que han tenido tales políticas, así como también denunciar con firmeza la corrupción que lamentablemente las ha envuelto.

Permítaseme ahora, en atención a estas consideraciones, brindarles una reflexión sobre las tareas que debemos acometer los liberales en la hora presente.

Hay quienes sostienen que los liberales debemos esperar el mejor escenario para difundir nuestras ideas. Mi impresión es completamente opuesta. Los escenarios dependen –y lo sabe bien quien gusta del teatro– de los actores involucrados. Los actores hacen los escenarios, los empujeñan o engrandecen según sus propios talentos y experiencia.

De modo que no es verdad que debamos esperar a que haya un mejor escenario para difundir nuestras ideas, apelando con ello a una suerte de inmovilismo que todo lo aliena, bien por el miedo a perderlo todo o, peor aún, apremiados por una pseudo–sofisticación intelectual que confía la resolución de nuestros graves problemas a la divina providencia, y que, en lugar de convencer al pueblo de los beneficios del estado de derecho y de la economía libre, se desgasta en demandar a los demás liberales, como hasta ahora lo hacen los marxistas ortodoxos, una consistencia ideológica que nunca es la propia y que es, en realidad, una inútil, impertinente y pequeña labor si observamos las urgentes tareas que nos demanda la hora actual.

Preguntemonos, entonces, ¿si no somos nosotros? ¿quiénes? ¿si no es ahora, cuándo?

La hora actual y la encrucijada en la que se debate el liberalismo en el Perú y en América Latina toda, en el que parece batirse en retirada o

pelear de antemano una batalla perdida, demanda un singular esfuerzo y fidelidad de nuestra parte.

Ese esfuerzo y esa fidelidad suponen deponer de una vez y para siempre los egos insufribles, las ciegas envidias y los odios sin sentido en los cuales los liberales, en el Perú y en otras partes, nos hemos enfrascado, usando indignamente las ideas de la libertad como coartada de esos apetitos y perversiones, pretendiendo posar como doctrinarios para ocultar nuestras propias miserias, y en las que continuamos, a pesar de saber que sólo reflejan nuestra pobreza de espíritu y nuestra total ausencia de lealtad a la causa que decimos defender.

Esa fidelidad exige una confianza en nuestras propias fuerzas, una intensa capacidad de soñar, de proponer nuestra utopía libertaria, y una dosis necesaria de creatividad, sensatez, criterio, realismo y sentido de las proporciones para exponerla a un público que, desde la cuna hasta la tumba, es adoctrinado sin descanso y sin concesiones por los adversarios y enemigos de la libertad.

A renglón seguido, he de advertir que los liberales de la actualidad nos hemos creído que lo tenemos todo en contra y que, por eso, renunciamos a defender y difundir nuestras ideas y estar a la altura de ellas. Esto no sólo es falso sino que muestra la arrogancia fatal que tanto criticamos en nuestros adversarios.

Por citar rápidamente algunos ejemplos, los escoláticos salmantinos y sus libros quemados públicamente, Hume en su destierro, Mises con sus libros convertidos en llamas por el tercer Reich, Ayn Rand, Karl Popper y Hayek huyendo cual fugitivos de sus hogares, Juan Bautista Alberdi muriendo en la más absoluta miseria, ellos sí lo tuvieron todo en contra.

No olvidemos que el día de hoy los liberales podemos apelar a hechos concretos, a la historia reciente, a circunstancias que sólo fueron imaginadas o deducidas por los intelectuales nombrados a los que admiramos y que, por decir las y probarlas sufrieron la persecución, el

destierro y la muerte civil por parte de sus opositores.

Hoy, que muchos llaman héroe al *Che* Guevara, debería ser nuestro deber mostrar que esos héroes, nuestros héroes, fueron siempre consecuentes con sus ideas, sin tener que matar a nadie por ellas, ni hacer matar a nadie en su nombre.

Por último, quiero insistir que esa fidelidad y ese esfuerzo a los que aludo deben encarnar en un sueño. El sueño de un Perú y una América Latina libre, próspera, pacífica, con cultura y bienestar. El sueño por el que nuestros antecesores y mártires dieron lo mejor de sí, teniendo todo en contra. Ése es el sueño que recorre este libro en cada una de sus páginas, y cuya lectura recomiendo intensamente. Es el camino difícil, es verdad, y es también riesgoso, pero, como dice el poeta, es el único que hará toda la diferencia. Hagámoslo ahora, y juntos.

Magdalena del Mar, 4 de agosto de 2006

¿CUÁLES SON LOS PRINCIPALES PROBLEMAS RELACIONADOS CON LA PARTICIPACIÓN JUVENIL?

Quisiera agradecer a los organizadores de este importante evento internacional, por el generoso privilegio de poder dirigirme a ustedes esta calurosa tarde de verano.

En especial, quiero brindarle mi gratitud a Yesenia Álvarez, cuyo compromiso con la causa de la libertad he seguido con atención y he aprendido a valorar, lo mismo que su sincera y fraterna amistad.

El tema de la participación juvenil es ya un hito recurrente en cuanto nos referimos a los jóvenes. De hecho, siempre ha sido visto desde la perspectiva de los “especialistas en jóvenes”, de los políticos, de los analistas o los científicos sociales, término que detesto especialmente. Nunca desde la perspectiva de los jóvenes y sus necesidades, problemas y metas.

Es evidente –por el peso y las canas– que disto algo de la juventud. No es mi intención por ello ufanarme en parecer un interlocutor especializado en el tema de la juventud ni un oráculo que tiene la respuesta a un complejo dilema como el que acometeremos a continuación.

En este aspecto, pretendo seguir el rasgo con el que Eolo, Dios de los Vientos, calificó a Odiseo: ser el mortal que sabe que siempre hay algo nuevo que aprender.

En ese sentido, quisiera aportar al tema con algunas reflexiones para ser debatidas –o rebatidas, qué duda cabe– y que espero contribuyan a generar tareas y líneas de acción en sus respectivos países.

A mi entender, son cinco los principales problemas relacionados con la participación de los jóvenes en la política y la vida activa de sus sociedades:

1. El divorcio entre las aspiraciones de los jóvenes y la realidad.
2. La paradoja de la modernidad.
3. Los jóvenes que participan en la política no se han adaptado al cambio generacional.
4. Los problemas de los jóvenes son los mismos.
5. El horizonte temporal de los jóvenes.

1. El divorcio entre la realidad y las aspiraciones de los jóvenes.

Si hay un tema que a mi juicio encoge la mente y el corazón de los jóvenes, es el conflicto entre lo que esperan del futuro y de la sociedad y aquello que aprecian sucede en la vida diaria.

El divorcio entre la realidad objetiva y las aspiraciones de los jóvenes es, a mi entender, el elemento clave para explicar muchas de las inconsistencias presentes en sus argumentos acerca de su futuro y sus actitudes hacia la participación, en cualquier ámbito social y en su propio lugar en la sociedad.

Parte de ese divorcio se tiene también en el ámbito político: desde la izquierda, se cree que los jóvenes son “egoístas” o “individualistas” sólo porque quieren mejoras en su entorno inmediato, más que por la transformación de la realidad social en su conjunto.

Desde la derecha, se cree que los jóvenes son “subversivos” pues únicamente quieren cambiar el mundo y no su entorno cercano.

Desde la perspectiva liberal debemos decir que, en realidad, éstos son dos conceptos complementarios: sólo mejorando los entornos inmediatos de los jóvenes se puede propender a un cambio de toda la sociedad.

En ese aspecto, la libertad de expresar sus ideas es un elemento que los jóvenes actuales reconocen como positivo en su generación. Sin embargo, al mismo tiempo, los jóvenes perciben que el actual sistema político no provee de muchos espacios donde los jóvenes puedan ser escuchados, por lo que constantemente buscan crear sitios propios, de manera autónoma y casi siempre informal.

Tampoco debemos pasar por alto que el descrédito de los contenidos ideológicos también alcanza a los liberales del mismo modo que a los socialistas, los socialdemócratas y los conservadores. Responde al hecho evidente que no se ha hecho énfasis en una mayor preocupación por los problemas concretos de los jóvenes y su solución eficaz, como si lo han hecho ellos mismos.

Ese descrédito también nos alcanza por cuanto la ideología es vista por los jóvenes como un método de ejercer la autoridad, es decir, vertical, mientras ellos tienen un modo horizontal de relacionarse.

2. La paradoja de la modernidad. Entre los jóvenes ocurre lo que he dado en llamar “la paradoja de la modernidad”. Nunca como hoy se tuvo tanta información, y nunca como hoy los jóvenes estuvieron más desinformados, o tuvieron tan poco interés en estar informados.

Esa desinformación respecto a temas de importancia origina que muchos de sus cuestionamientos les impidan formarse una imagen clara de su aporte potencial a la solución de estos problemas.

De allí que tomen los códigos tradicionales de cuestionamiento, en este caso, los de la izquierda, pese a que los jóvenes están conscientes de las limitaciones de estos códigos.

Una segunda limitación de esos códigos tradicionales de cuestionamiento a lo establecido –y que no pasa desapercibida para los jóvenes–

es que estos modos de cuestionamiento también tienen el problema de haber sido ya asimilados por el establishment, y, en consecuencia, convierten al joven en un defensor de lo políticamente correcto, lo que le resta innovación, frescura y originalidad a sus propuestas –rasgos asociados frecuentemente a la juventud–.

Como consecuencia de ello, está el hecho evidente que esos códigos e ideas de izquierda no han dado resultado, y que tienen una cuota importante de responsabilidad en las crisis que padecemos, en América Latina, o en el inmovilismo europeo.

La paradoja de la modernidad se expresa también del modo siguiente: muchos jóvenes parecen estar convencidos que las condiciones para su desarrollo pleno a futuro son bastante precarias, pese a que, como nunca antes en la historia de la humanidad, las perspectivas de progreso y crecimiento económico son muy alentadoras.

Así, pese al notorio avance de la economía de mercado en el mundo, evidenciada en el hecho que sólo cuatro países mantienen economías centralmente planificadas, los jóvenes actuales tienen la impresión que la suya es una generación “sacrificada”, marcada desde su nacimiento por una multiplicidad de carencias y problemas que limitan sus posibilidades de pleno desarrollo personal y social.

En general, consideran que las generaciones anteriores tuvieron más alternativas respecto a la elección de la carrera profesional, las posibilidades de trabajo, la elección del tamaño de sus familias y la participación política, entre otros temas importantes para ellos.

3. Los jóvenes que participan en política no se han adaptado al cambio generacional. Desde el lado de la izquierda, mayoritaria en universidades latinoamericanas y europeas, los jóvenes políticos manejan los mismos códigos de Mayo del 68. Han pasado por alto que repetir el mismo mensaje una y otra vez diluye su fuerza. Esa repetición de juicios y argumentos se ha convertido en una suerte de marxismo pop. Esta situación de repetición o deja vú permanente es una de las causas principales del hartazgo de los jóvenes hacia la política.

Esto último debido a que las preguntas centrales de los jóvenes permanecen: ¿quiénes somos? ¿Queremos ocupar un lugar en la sociedad? ¿Cómo hacerlo sin frustrarnos?

4. Los problemas de los jóvenes son los mismos. De un lado al otro del Atlántico, muchos de los problemas de los jóvenes son los mismos: por ejemplo, su interés en insertarse en forma rápida y efectiva en el mundo laboral.

En segundo término, al ser las nuestras unas sociedades globales (real o virtualmente) y mediáticas, las personas no existen si no aparecen en los medios de comunicación en forma permanente. Esto genera un efecto perverso en los jóvenes: sólo participan si aparecen en los medios.

La juventud latinoamericana y europea comparte también la pérdida de la confianza en gran parte de los mecanismos políticos como medios para la solución de los problemas personales y sociales.

Por otra parte, la globalización y sofisticación de los hábitos de consumo está generando una suerte de shock cultural: se está afianzando en la sociedad la nefasta creencia que la generación actual de jóvenes sólo es buena para nada, y quiere pasarla en fiestas, chateando y buscando una salida fácil que les proporcione riqueza, éxito y fama en forma inmediata.

De allí que se hable de la “generación z” o la cultura “top model” cuando se quiere calificar a los jóvenes actuales.

Al no lograr su propósito, entre los jóvenes se decanta una frustración muy honda que los inhabilita socialmente.

De allí provienen tanto los suicidios de jóvenes en Japón, los jóvenes españoles pasadores de drogas o los jóvenes latinoamericanos que se desviven por pasar el verano en los exclusivos balnearios de moda.

5. El horizonte temporal de los jóvenes. Finalmente, hay un problema congénito a la participación de los jóvenes: su horizonte temporal.

La propia juventud es un período de transición hacia la adultez, en que ya se asumen determinadas responsabilidades y se realiza la visión personal que los jóvenes se plantean.

Es evidente que la globalización mediática actual intenta extenderla indefinidamente, pero también es evidente que no se puede vencer al tiempo.

Es evidente para el que habla que todos estos problemas conspiran contra la participación de los jóvenes en la vida de sus sociedades. Ahora bien, ¿cómo los enfrentamos? Al respecto, quisiera proponer una visión distinta de la participación juvenil, que esté orientada básicamente a los siguientes aspectos:

a) La participación como medio de definición y realización de la visión personal del joven.

b) La participación como instrumento para unir vocación con prosperidad.

a). Definición y realización de la visión personal del joven. Lo primero que debe motivarse en el joven es que la participación debe servirle para hacerse una visión personal de sí mismo y para realizar esa visión personal en un mediano plazo.

Si el joven tiene claro que la participación en un grupo va a permitirle eso, entonces participará. Así, el brillante concepto del recientemente fallecido Milton Friedman, “no hay almuerzo gratis”, debe ser convertido a “no hay participación gratis”. Los jóvenes no hacen nada por nada. Se debe intercambiar participación por orientación para tener una visión de lo que el joven quiere ser y hacia dónde quiere llegar.

La participación debe servirles a los jóvenes como primera experiencia en el manejo de sí mismos, en cómo conducirse, y en la adopción del criterio que les permita tomar en el transcurso de su vida cada vez mejores decisiones.

Es evidente que esto último no se enseña ni en colegios ni en universidades, y es por lo tanto un territorio inexplorado. Ése es, entonces, el terreno de la participación.

No debe pasarse por alto que, como se ha señalado, los jóvenes están sumamente preocupados por encontrar alternativas que les permitan incorporarse a la vida social y económica en las mejores condiciones posibles.

Del mismo modo que el hombre “sirve para ser servido” en cualquier relación comercial en un libre mercado, tenemos que “participar para ser partícipes” del cambio.

En ese sentido, la adhesión a las ideas de la libertad se dará únicamente en la medida en que hayan contribuido al propio desarrollo personal de los jóvenes. Así, comprobada esa contribución en lo personal, se entenderá como lógica consecuencia, que tales ideas también contribuyen al progreso de la sociedad.

El progreso personal es el incentivo que los jóvenes necesitan para que participen activamente en la solución de los problemas de su sociedad. De otro modo la participación de los jóvenes es imposible.

En ese sentido, tenemos que seguir la ruta inversa a la recorrida por los marxistas, que enseñaron que sus ideas iban a hacer progresar a la sociedad y luego a las personas individuales, fracasando en ambos sentidos. Esto me lleva a la siguiente idea.

b). La participación debe unir vocación con prosperidad. Desde la perspectiva liberal, la participación juvenil debe estar dirigida fundamentalmente a unir dos conceptos importantes para los jóvenes: la posibilidad de asegurar su futuro económico y mejorar sus condiciones de vida actuales, con la de satisfacer la propia vocación.

Ésa es la manera real y concreta de unir los sueños a la realidad, ésa es la manera liberal. El mecanismo que hace realidad la idea de los jóvenes: “mejorando yo, mejorando el resto”, es el de la participación.

La participación debe enseñarle al joven a tener confianza en sus propias fuerzas, debe afianzar su creencia en que sus estrategias de desarrollo personal van a dar resultados y que a la larga alcanzarán sus metas personales y sociales.

Es evidente que los jóvenes son más proclives a aceptar las ideas de la libertad, en tanto que una mayoría de ellos parecen entender que su aporte a la transformación de las condiciones adversas que afectan a los individuos y a la sociedad pasa por una toma de conciencia y una superación personal.

Sin duda, que para que el liberalismo prospere y brinde todos sus beneficios, su divulgación ha de ser amplia. Esto implica que los jóvenes deberían tener una adecuada comprensión de los postulados liberales. Esto supone hacerlo en los soportes que los jóvenes encuentren más atractivos.

Esto también significa que la ideología liberal, para distinguirse, sea horizontal en lugar de vertical. No imponer, sino convencer. Dar a cada uno su lugar y su propia opinión. El liberalismo es, para usar una bella metáfora de Benegas Lynch, como el cielo: distintos matices de un solo color azul.

Se dice que los jóvenes son profundamente desconfiados pues tienen que hurgar e investigar hasta descubrir en quién confiar, o qué características o virtudes son las más útiles para ellos.

Se tiene que buscar al joven líder, al que en el grupo ejerce el liderazgo natural, con una sólida formación y una todavía mayor convicción sobre el valor de la libertad. Tal líder será el que conduzca a los otros a su progreso personal y, en consecuencia, a condiciones de vida mejores.

Confío verdaderamente en que estas ideas y propuestas puedan servirles en sus propias agendas, y estoy seguro que podemos precisar tareas concretas en el camino de ideas y realizaciones que nos aguardan.

Miraflores, 12 de febrero de 2007

NOTAS

1. La Habana, 1943. Escritor, periodista y Vicepresidente de la Internacional Liberal (IL), es uno de los columnistas más influyentes de América Latina. Ha sido profesor de diversas Universidades en América Latina y Estados Unidos. Ha publicado una veintena de libros, traducidos a varios idiomas, entre los que se encuentran *Las raíces torcidas de América Latina*, *Los latinoamericanos y la cultura occidental*, *La libertad y sus enemigos*, y, en coautoría con Álvaro Vargas Llosa y Plinio Apuleyo Mendoza, los bestsellers *El manual del perfecto idiota latinoamericano*, *Fabricantes de miseria* y *El regreso del idiota*.

2. Hayek, Friedrich A. von. *Los intelectuales y el socialismo*. En: Socialismo y Guerra. Volumen X de las Obras Completas de Friedrich A. Hayek, Unión Editorial, Madrid, España, 1999. Pág. 279.

3. Comisión de la Promoción de la Inversión Privada (PROINVERSIÓN, 2000). *Evaluación del proceso de privatización: sector electricidad*. Febrero del 2000.

4. PROINVERSIÓN, Op. Cit.

5. Instituto Peruano de Economía. *La brecha en infraestructura: servicios públicos, productividad y crecimiento en el Perú*. Lima, Septiembre, 2003, página 193.

6. Instituto Peruano de Economía. *La brecha en infraestructura: servicios públicos, productividad y crecimiento en el Perú*. Lima, Septiembre, 2003, página 193.

7. Instituto Peruano de Economía. *La brecha en infraestructura: servicios públicos, productividad y crecimiento en el Perú*. Lima, Septiembre, 2003, página 194.

8. Tomado del cuadro de Reporte de la Privatización del Ministerio de Energía y Minas, 2004.

9. El término se lo debemos al siempre lúcido Mario Vargas Llosa. Las cursivas son exclusivamente mías.

10. Buchanan, James M. *El triunfo de la ciencia económica: ¿quimera o realidad?*. En: Economía y dinámica social. Reflexiones acerca de la acción humana ante un nuevo ciclo histórico. Rafael Rubio de Urquía y Enrique M. Ureña (eds.) Publicaciones Universidad Pontificia Comillas-Unión Editorial, Madrid, España, 1994, pág. 29. Las cursivas son mías.

11. Recojo aquí la idea de algunos libertarios australianos que así denominaron a la tierra en la que habría total libertad, y a la Constitución que para ella escribieron.

12. Popper, Sir Karl. *Búsqueda sin término*. Editorial Tecnos, Madrid, 1987. página 56.

13. Huerta de Soto, Jesús. *Nuevos estudios de economía política*. Unión Editorial, Madrid, España, 2002.

14. Para tener una idea de sus sacrificios, se debe revisar: *Lo esencial de Mises*, de Murray Rothbard, Unión Editorial, Madrid, España, 1983; *Autobiografía de un liberal. La gran Viena contra el Estatalismo* de Ludwig von Mises, Unión Editorial, Madrid, España, 2001; y *Alberdi, el ciudadano de la soledad*, de Pablo Rojas Paz, Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1945.

15. Como se está haciendo ahora en el Perú con el guerrillero Luis de la Puente Uceda, llamándolo “luchador social” y “mártir de la Reforma Agraria”.

16. Schopenhauer, Arthur. *La libertad*. Editorial Alba, Madrid, España, 1999.

17. Schopenhauer, Arthur. Op. Cit.

18. Rodríguez Braun, Carlos. *Nuestros hijos, esos socialistas*. En: A pesar del gobierno: cien críticas al intervencionismo con nombres y apellidos. Unión Editorial, Madrid, España, 1999, pág. 106.

19. Tocqueville, Alexis de. *Memoria sobre el pauperismo*. Estudio preliminar, traducción y notas de Juan Manuel de Ros. Colección Clásicos del Pensamiento, Editorial Tecnos, Madrid, 2003, página 17.

20. Tocqueville, Alexis de. Op. Cit., página 8.

21. Tomo aquí en cursivas el verso genial de Dylan Thomas: *Encerrado también en una torre de palabras/trazo en el horizonte que anda como los árboles...*

22. Hago mío el título del libro del joven libertario italiano Antonio Mingardi, que dice: *Libertarismo, anarquía sin bombas*.

23. Atocsa, Carlos. *Distinguiéndose del rebaño*. En: Ácrata, revista electrónica libertaria, Lima, Perú, 2006.

24. Como lo han dicho con valor Carlos Alberto Montaner, Pedro Schwartz y otros muchos.

25. Recojo aquí el título del poema del vate peruano Carlos Oliva (1960–1994) y que también inspira al título del presente ensayo, *Poema sin límites de velocidad*.

26. Böhm Bawerk, Eugen von. *Capital e interés*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., México, segunda edición, 1986. 625 páginas.

27. Böhm Bawerk, Eugen von. *Valor y precio de producción*. Editorial Tiempo Económico, Colección Economía y Sociedad. Buenos Aires, Argentina, 1975. 216 páginas.

28. Faverón, Gustavo. *Dean Reed y los héroes quietos. Revolución conservadora* (invitado especial: Silvio Rodríguez). Blog Puente Aéreo, del autor. Mayo, 2007.

29. Pérez Reverte, Arturo, *El Club Dumas*. Segunda Edición, Grupo Santillana, 2000.

30. Vargas Llosa, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Editorial Planeta, Madrid, España, 1998.

31. Chesterfield, Conde de. *Cartas a su hijo*. Narrativa del Acantilado, Madrid, España, 2001.

32. Rand, Ayn. *La rebelión de Atlas*. Editorial Grito Sagrado, Buenos Aires, Argentina, 2003.

33. A los que he llamado “matarifes” por su vocación irredimible de exponerse las entrañas.

